

LOS PENSADORES



EN ESTE NÚMERO

REDACCION :

Hay que echar del templo a latigazos a los mercaderes; La policía velará por la cultura en las calles; La lección de Damasco; El caso Linares; Dejad a los muertos enterrar a los muertos.

COLABORACIONES :

Israel Zeitlin, *La alfarería de Lagorio*; Julio R. Barcos, *Reflexiones optimistas*; Ernesto L. Castro, *Juái*; Pedro Juan Vignale, *Horario de una lectura*; Amorim, *Aldea española*; Luis Emilio Soto, *Perogrullo a través del señor Méndez Calzado*; Leonidas Barletta, *Descubrimiento de un poeta animalista*; Juan Lazarte, *Democracia y progreso*; Roberto Artl, *La tía Pepa*; Ricardo A. J. Bernardoni, *El arte de las preocupaciones*; Mijail Koltzov, *En lo más profundo de mi alma*; César Tiempo, *Endólogo*; M. Mascarenhas, *La crítica de arte en Buenos Aires*; Luis Ricardo Visconti, *Apostillas a la vida literaria*; B. Abramson, *Las nuevas costumbres y formas de vida en la Unión Sovietista*.

Pequeñas antologías. Poesías de Luis C. López.



AÑO IV — NUM. 116 — 20 CTS.

EDITORIAL CLARIDAD

Suplemento del catálogo de obras en existencia

LIBROS Y PUBLICACIONES DIVERSAS

Barletta, Leonidas.—Canciones Agrias	1.—
Barletta, Leonidas.—Los vientres trágicos	1.—
Borghí, Armando.—La Italia tra due Crispi	1.50
Castelnovo, Elías.—El monstruo	0.20
Dicenta, Joaquín.—El minero	0.20
Fabbri, Luis.—Dictadura y Revolución ..	0.10
Faure, Sebastián.—Los Anarquistas	0.10
Fischer, M. y A.—Cuentos de Francia ...	1.—
Grubber, Max von.—La higiene en la vida	0.30
sexual	0.30
Justo, J. B.—Socialismo	1.—
Malatesta, E.—Au café	1.—
Marx, C.—El Capital (trad. por Justo) ..	4.—
Noja Ruiz, Higinio.—Los Sombrios	1.—
Rockler, Rodolfo.—Artistas y rebeldes ...	1.80
Rolland, Romain.—Vida de Miguel Angel	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Mahatma Gan-	1.—
dhi	1.—
Rolland, Romain.—Vida de Tolstoi	1.—
Stanchina, Lorenzo.—Desgraciados	0.50
Stanchina, Lorenzo.—Brumas	0.50
Tagore, Rabindranath.—Pájaros perdidos	0.30
Unamuno, Miguel de.—Los ideales de mi	0.20
vida	0.20
Uncal, José María.—Los poemas cantá-	1.—
bricos	1.—
Kropotkine, Pedro.—La Gran Revolución	2.—
Drauger, William.—La Vida Sexual	1.50
Hardy, G. Dr.—Medios para evitar el em-	2.—
barazo	2.—
Nietzsche, F.—Así hablaba Zaratrusta ...	1.—
Urales, Federico.—Sembrando flores	0.30
Muller, J. P.—Mi sistema	0.50
France, Anatole.—La isla de los Pingüinos	0.40
Barcos, Julio R.—Libertad sexual de las	1.50
mujeres	1.50
Flammarion, Camilo.—Urania	0.50
Blasco Ibáñez, V.—Sangre y Arena	0.50
Hernández, José.—Martín Fierro	0.40
France, Anatole.—Eseritos Póstumos	0.40

LOS POETAS

Almafuerte.—Poesías selectas	0.20
Antología de versos para niños	0.20
Baudelaire, Carlos.—Las flores del mal ..	0.20
Beaquer, Gustavo Adolfo.—Rimas	0.20
Blón, Lord.—Poesías selectas	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas	0.20
Bufano, Alfredo R.—Misa de réquiem y	0.20
otras poesías	0.20
Calou, Juan P.—Poemas Póstumos	0.20
Carducci, Josué.—Nuevas Rimas	0.20
Carrere, Emilio.—Los ojos de los fantas-	0.20
mas	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas Herejes y Poe-	0.50
mas Póstumos	0.50
D'Annunzio, Gabriel.—Poesías líricas ...	0.20
De Diego, Rafael.—Las angustias	0.20
Espronceda, J. de.—Selección de Poesías.	0.20
Gabriel y Galán, J. M.—Nuevas castella-	0.20
nas	0.20
Goethe.—Poesías líricas	0.20
Heine, Enrique.—Poesías	0.20
Herrera y Reissig, Julio.—Las lunas de oro	0.20
Hugo, Víctor	0.20

Machado, Manuel.—Caprichos	0.20
Issacs, Jorge.—Poesías completas	0.20
Maturana, José de.—Las fuentes del ca-	0.20
mino	0.20
Poe, Edgar Allan.—Poesías completas ...	0.20
Santos Chocano.—Alma América	0.20
Silva, José Asunción.—Poesías completas	0.20
2.—Silva Valdés, Fernán.—Agua del tiempo.	0.20
Stechetti, Lorenzo.—Póstuma	0.20
Trelles, José A. (El viejo Pancho).—Paja	0.20
Brava	0.20
Verlaine, Paul.—La Buena canción	0.20
Villaespesa, Francisco.—Viaje sentimental	0.20
Carriego, Evaristo.—Misas herejes	0.20
Guerra Junqueiro.—La muerte de D. Juan	0.50
Martí, José.—Versos libres	0.20
Méndez, Gervasio.—Poesías completas ...	0.20
Musset, Alfredo de.—Poesías	0.20
Mármol, José.—Poesías escogidas	0.20
Núñez de Arce, G.—Poesías y Poemas cor-	0.20
tos	0.20
Bravo, Mario.—Canciones y Poemas (edi-	1.—
ción papel pluma)	1.—

BIBLIOTECA CIENTIFICA

Alba y Giménez, Dres.—La prostitución ..	0.20
Climent, T. R. Dr.—Higiene sexual del sol-	0.20
tero y de la soltera	0.20
Dupuy, R. Dr.—La vida sexual	0.20
Escalante Escandón, Dr.—El Amor Fe-	0.20
cundo	0.20
Eseanciano, J. J.—La radiotelefonía vul-	0.20
garizada	0.20
Flammarion, Camilo.—La Ciencia	0.20
Flammarion, Camilo.—La muerte y su mis-	0.20
terio	0.20
Forel, Augusto Dr.—El amor y el apetito	0.20
sexual	0.20
Forel, Augusto Dr.—Ética sexual	0.20
Forel, Augusto Dr.—Historia de la vida	0.20
sexual del hombre y del matrimonio ..	0.20
Fournier y Bloch, Dres.—La sífilis	0.20
Gámbara, L. Dr.—Historia de la doctrina	0.20
natural	0.20
Krishnamusti, J. K.—Semillas de oro ...	0.20
Kuhne, Luis.—¿Estoy sano o enfermo? ..	0.20
Lacassen, C.—Impotencia y Esterilidad se-	0.20
xual	0.20
Mayoux, Dr.—La Educación sexual de los	0.40
jóvenes	0.40
Romero, L. D. Dr.—¿Es contagiosa la tu-	0.20
berculosis?	0.20
Rosch, Dr.—Higiene del matrimonio ...	0.20
Sánchez de Rivera, D. Dr.—Profilaxis de	0.20
las enfermedades sexuales	0.20
Sighele, Escipión Dr.—La mujer y el niño	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Hacia la cultura sexual	0.20
Sommer, Luis.—Cómo se evitan los peli-	0.20
gros de la lujuria	0.20
Suárez Casañ, V. Dr.—Fenómenos sexuales	0.20
Tairens Drangs, E. Dr.—La mujer en el	0.40
amor y la voluptuosidad	0.40
Vargas Marty, F. A. Dr.—El matrimonio,	0.20
el divorcio y el adulterio	0.20
Venette, Dr.—Pintura del amor conyugal.	0.20
Bloch, Aimée.—Enseñanza teosófica ...	0.20
Sirlin, Lázaro Dr.—Estudios sexuales ...	0.20

DIRECCION POSTAL:
C. DE CORREO 756

Administración:
INDEPENDENCIA 3531
U. T. 4999, Mitre
CAPITAL FEDERAL

LOS PENSADORES

REVISTA DE SELECCION ILUSTRADA
:: ARTE, CRÍTICA, Y LITERATURA ::
Suplemento de "EDITORIAL CLARIDAD"

Director: ANTONIO ZAMORA

SUBSCRIPCIÓN

Para todos los países
de la convención post.

AÑO \$ 2,50 m/n.

En los demás países

AÑO \$ 3.00 oro

CADA EJEMPLAR 20 cts.

AÑO IV

Buenos Aires, diciembre de 1925

N. 116

AL MARGEN

Hay que echar del templo a latigazos a todos los mercaderes.

Un crítico de "La Razón" que no firma sus críticas, quizás porque de esta manera puede insultar impunemente, hace algún tiempo se ha dado en decir de nosotros las peores calamidades. Y lo dice con una valentía impropia de un diario tan cobarde como "La Razón". Y con una incultura también impropia en una publicación tan atildada y circunspecta, donde los colaboradores se pasan de mano en mano la vaselina oficial donde mojan la pluma todos los cagatintas de la redacción. Casi, casi, diremos que en materia de *brutalismo*, "La Razón", cuando se ocupa de nosotros, nos mata el punto. Utiliza un lenguaje policial, entrevero de ramplón, de vigilante y capataz de estancia. Digamos que en "La Razón" hay muchos elementos que pertenecieron en un tiempo a la policía, algunos estancieros sin estancia y una tropilla de anarquistas amansados. Digamos asimismo que es una de las tribunas más insulsas y reaccionarias en el orfeón de los mamómetros de la derecha.

Extraña que esas críticas hechas en defensa de la moral estén escritas por hombres inmorales. No le sienta muy bien a un exemplado de investigaciones ponerse a moralizar como un fraile benedictino. Tampoco queda bien que literatos tan desastrosos como los que se han dado cita en ese diario, se pongan a criticar en los otros —en última instancia— las mismas barbaridades que ellos han cometido. Suponiendo que dijese la verdad, debían emplear otro lenguaje, considerando su foja negra de servicios. Somos muy exigentes y despóticos con los demás, pero muy indulgentes y piadosos con nosotros mismos. A los otros les reclamamos todo; a nosotros, nada. En todos los órdenes somos así. Ordinariamente la moral está en boca de las personas disolutas, y la verdad en boca de los mentirosos y charlatanes. Los que carecen de inteligencia, invocan a cada paso la inteligencia.

El defecto más grande que nos encuentra "La Razón" es que nosotros hacemos una literatura mórbida, patológica, brutal, etc. Nuestras novelas son observaciones clínicas o crónicas policiales. Les choca la profundidad y la amargura. Se propicia una literatura superficial, amena, que haga reír y gozar y digerir bien los alimentos; el merengue literario, vamos. Cuando aparece un libro mediocre, estúpido, manido, pero "correctamente escrito" escrito con urbanidad,

con la urbanidad acrisolada de los "Amigos de la Ciudad", "La Razón" abre el cuajo y lo saluda a tres columnas.

Nosotros no le asignamos a la crítica nacional más valor del que le concedemos a la chismografía. Aquí, frecuentemente no se hace crítica: se hace chismografía, chismografía femenina.

El adjetivo *patológico* no es tan fulminante como se lo supone. A Edgard Poe y a Fedor Dostoyewski se los acusó en su tiempo de hacer literatura patológica. Hubo crítico que le contó a Dostoyewski los epilépticos que figuran en sus novelas y que pasan de 300... La patología no está reñida con la literatura. El escritor escribe lo que ve y lo que siente. Henry Barbusse, tuberculoso, no puede escribir como Josué Quesada, que goza de buena salud. Hans Rainer, pobre, miserable, no puede sentir y ver la vida como Larreta, que es millonario. Todos no pueden ver y sentir de la misma manera, porque las circunstancias que rodean la vida de uno no son las mismas que rodean la vida del otro. Esto en el caso de que todos puedan *ver o sentir*.

Lo más substancial de una obra es el espíritu del autor. La factura artística es secundaria si se la compara con el genio y los sentimientos del artista. Lo que salta por encima de todo es el talento. El que es imbécil, es tan imbécil escribiendo la historia de la calle Florida como la historia del arrabal. Lo que nosotros escribimos lo hacemos con la sinceridad que a los otros falta, no solamente para escribir, sino, hasta, para juzgarnos.

Dijimos que aquí no se hacía crítica sino chismografía o algo así. Cuando "La Nación" opina bien de un libro, "La Prensa" lo combate. Las empresas periodísticas ventilan sus odios personales sobre la cabeza de los autores. El que escribe en "La Prensa" no puede escribir en "La Nación", y viceversa. Cuando se suscitó el conflicto pasado de los maestros, "La Prensa" lo defendió. "La Nación", entonces, empezó a caerle. Según convenga o no convenga a sus intereses particulares, los diarios opinan bien o mal. Y los artistas son juzgados públicamente por esta caterva infame de almaceneros. Si nosotros fuésemos gerentes de alguna empresa comercial como la "Roma" y le diéramos un aviso a "La Razón", "La Razón" corregiría bruscamente la opinión que tiene formada sobre nosotros. La moral de los grandes diarios es como las faldas de las grandes matronas: baja o sube según el lugar y las circunstancias y la cotización... En la redacción de todos los diarios debían substituirse los cuadros de los príncipes por una oleografía de Mesalina o de Cleopatra.

La lección de Damasco.

Los soldados franceses, en Damasco, han asesinado, quemado y violado. Acaban de hacer lo que los alemanes en las ciudades belgas. ¡Edificante ejemplo! De él puede sacarse, por lo tanto, esta deducción: que de haber sido los franceses quienes invadieran Alemania, hubieran asesinado viejos y niños, violado mujeres, incendiado y robado también. ¡Y esta es Francia, por la que tanta angustia pasamos! ¡Desilusión! ¡No! Es un punto de vista que hay que aclarar definitivamente: los hombres no están divididos por naciones sino por castas. No son los alemanes los asesinos y ladrones; son los militares alemanes. Alemania — ¡oh, Beethoven; oh, Bebel — no victimó a Bélgica; fué la militarada germana. No son los franceses, no es Francia — ¡oh, Rolland; oh, Barbusse! — quienes acaban de estuproar y quemar y asesinar en Damasco; es la militarada francesa, tan criminal, servil y bellaca como la germana, como la de todos los países. Porque la profesión del militar es esa: matar, incendiar, producir el dolor y la muerte, valiéndose de todos los medios; de todas las felonías. Y si estos actos son punibles para nosotros los que charlamos sobre fraternidad humana; condenemos a la casta militar que los ejecuta, no a la nación a la cual pertenece esa casta asesina y ladrona.

Ese fué nuestro error durante la gran guerra: Estuvimos con Francia y Bélgica, contra Alemania, porque los ejércitos alemanes las invadían cometiendo exacciones, y no pensamos que de ser los ejércitos belgas y franceses los que invadieran Alemania, hubiesen cometido exacciones idénticas.

En Damasco, el ejército francés nos lo ha venido a comprobar. Lección tardía y eficaz que no debemos olvidar: Los hombres no están divididos por razas ni nacionalidades, sino por castas, por profesiones. En todas partes hay hombres de ciencia que investigan, artistas que ensueñan, apóstoles que se sacrifican por un ideal generoso; en Francia o en Alemania, ¡hasta en Norte América! Y en todas partes también hay sacerdotes que mienten, políticos que maculan ideales, comerciantes que roban amparados en la ley y militares que asesinan y estuproan, violan e incendian. No condenemos a Francia porque su ejército esté realizando actos de barbarie en Damasco, sí condenemos al ejército en abstracto, a la casta militar en absoluto. Nuestros enemigos no son Francia ni Alemania — donde hay obreros explotados, apóstoles de la fraternidad vejados — son el fraile o el político o el mercader o el militar; todos, ya sean franceses o alemanes o argentinos, porque todos pretenden una cosa misma, contraria a nuestro ideal: la explotación del hombre por el hombre, la implantación del ocio de unos pocos privilegiados sobre el trabajo embrutecedor de las multitudes sometidas.

La policía velará por la cultura en las calles.

Así lo anuncia "La Nación". El jefe de policía acaba de comunicar a todas las publicaciones que dentro de poco o desde ya los vigilantes "iniciarán una acción enérgica y persistente, en las calles, para impedir que se repitan los

contra "aquellos que viajan en carruajes dando gritos y exhibiendo bebidas o los que circulan por las calles o paseos sin prendas elementales de vestir o los que se acuestan a dormir en las aceras o las plazas". A todas estas personas "incultas" los vigilantes les darán sendas lecciones de cultura. Si el mal educado rebasa los límites, el vigilante se encargará de conducirlo con toda la fineza que lo caracteriza a una casa de corrección de esas que se llaman vulgarmente comisarias. Allí lo recibirá un auxiliar o dos y le harán una serie de preguntas discretas y amables. Se presentará el comisario — correcto él, simpático él — y le dirá que espere unos cuantos días en el fondo del local si es que no tiene dinero para pagar la multa. Si el maleducado llega hasta el departamento de policía — cuadro 3.º o 5.º — la lección de moral será completa.

Aquí ocurren cosas rarísimas. Poner la cultura en manos de los vigilantes es como arrojarle margaritas a los puercos. Los vigilantes necesitarían a nuestro juicio un cuerpo de celadores que velara por su cultura. También necesitarían algo parecido los comisarios y auxiliares. El espectáculo de mayor incultura ciudadana lo dan siempre ellos. Mientras no interviene la policía en una riña, la cosa no pasa de ahí. Pero en cuanto aparece un vigilante con su pragmatismo legendario, la riña se convierte en trifulca, y si aparecen dos o tres, en batalla callejera. Nadie insulta mejor que un vigilante. En materia de empujar o atropellar gente o dar garrotazos, tampoco ninguno lo hace mejor que él. Si se trata de razonar, su argumentación termina siempre en ¡marche! ¡marche!, vale decir, en el calabozo. No hay cerebro más obtuso que el cerebro de un vigilante. El comisario, en cambio, es un vigilante de a caballo que suele guardar silencio en la calle para hablar después a voz en grito en la comisaría.

Y esta gente, a quien le hace falta como a nadie un baño general de cultura, será la encargada de velar por la cultura. Es como si para combatir los excesos del alcohol se constituyera y se armara con plenos poderes una liga de borraños.

El caso Linares

Denunciamos, ante la opinión pública elevada, el rechazo del cuadro "Interior", del señor J. M. Linares, por el Comité Organizador del primer Salón de pretendidos Independientes, por el solo hecho de ansiar el autor mostrarnos el prostíbulo por dentro. En verdad, aplaudimos la tendencia moralizadora de la tela y repudiamos el "alcance" del Jurado... Pero a igual del 97 por ciento de las "cosas" expuestas, sólo merece el señor Linares y los otros 114 expositores, desde el punto de vista estético, un sano consejo: trabajar mucho más en el silencio, desechando el credo de suficiencia para exponerse en público. No basta tener ideas; hay que saber sostenerlas.

La injusticia del estrecho Comité organizador — ¡ojalá hubiera rechazado a todos! — no nos autoriza a crearle méritos artísticos a quienes no los tienen aún.

No basta la intención — en Linares es buena — es imprescindible el estudio y la perseverancia, vale decir: el afianzamiento.

Aigo Linares: una injusticia más, una injusticia que no tiene remedio. ¿Qué hacer?

LA ALFARERIA DE LAGORIO

De un tiempo a esta parte viene consolidándose en nuestra literatura un conglomerado homogéneo cuyas aspiraciones cardinales se circunscriben a afianzar paladinamente la aserción de Alfonso Reyes: "Hay que justificar el gusto de los señoritas; lo bonito suele ser necesario".

Ese grupo se especializa, en consecuencia, en la confección de cosas bonitas y enjalbegadas, desprovistas en absoluto de trascendentalidad, y habiendo sabido mantenerse inalterable en ese nivel artístico ha logrado establecer un estilo, mejor dicho un amaneramiento — ya que el estilo no es más que sangre de las ideas — que peculiariza su producción.

Es, pues, natural que esa literatura barbilampiña arramble las simpatías de la mediocracia lectora — (clientes de peluquería, poetillas pandereteros que escriben a barlovento, normalistas cursis intelectualoides de pensamiento enmohecido) — y logre encaramarse a considerable altura en el palo jabonado de la popularidad, escalando además codiciadas posiciones y haciendo su baluarte más firme de los órganos burgueses y las revistas ilustradas de mayor significación.

Quien ha logrado estereotipar con mayor precisión la característica de ese grupo ha sido el poeta profesional Fernán Félix de Amador, que reviste su próximo libro con el expresivo título de "El cántaro y el alfarero". Es conocida de todos la propiedad de los cántaros, que suenan mejor cuanto más vacíos están. Y esta es, en efecto, la preocupación unánime del antedicho núcleo cuya atención exclusiva está puesta en la exornación meticulosa del recipiente, velando por que su hoquedad sea completa y haciendo radicar sus aspiraciones en lograr la obtención de sonos límpidos y armoniosos de un objeto cuya misión es bien distinta. Es entonces dicha labor, labor de alfareros cuya nesciencia les impide alcanzar el porqué de la factura de sus cántaros y el objeto a que están destinados o si lo saben se esfuerzan insidiosamente en ocultarlo, procurando atraer la atención del sediento, del sediento veraz y efectivo, con la suntuosidad churriguera del continente, haciendo que se resuelva en despecho al comprobar la vacuidad del contenido, la labor que realiza en el terreno de la literatura ese grupillo presuntuoso, cuyos corifeos son Ricardo Gutiérrez y Arturo Lagorio, autor de "Las tres respuestas".

Literatura in 4.0

Dado que "Las tres respuestas" es un espécimen de la que tan certeramente calificara nuestro Luis Emilio Soto de "literatura de sobremesa", es natural que su presentación responda a su carácter.

Es este un libro encuadernado en 4.0, del

tipo de esos libros infantiles de estampas, de páginas jaqueladas y bicromadas, con muchos blancos que invitan a una profusa marginalia y entre las que destacan su cresta colorada las mayúsculas iniciales que están como enteleridas ante ese mitin de palabras que responden no sé a qué vana jerigonza. Es este un libro que evidencia palmariamente la crasitud de su autor y que parece haber sido escrito para que, después de una cena copiosa, un bitongo arrojado lo hojeara al calor de la estufa, bien cerca de la estufa, pues es tal su algidez que quien entra en su contacto, corre el inminente peligro de arrecirse.

Es en suma un libro que poco a poco, a medida que nos internamos en su lectura, adquiere sus verdaderas proporciones, las proporciones naturales de un almohadón y en el que no tenemos más remedio que reclinar la cabeza y sumirnos en un sueño justo y reparador.

Dos referencias gratuitas

Es frecuente hallar en la literatura de habla española el tipo de explorador cordial de panoramas veraces. El *Azorín* de *Paisajes de España* y de *Los pueblos*, resume esa categoría y fija las normas efectivas del género corroborando el famoso aserto de Amiel: "cada paisaje es un estado de alma". Azorín dota, con una firmeza de colorido y una opulencia verbal únicas, de sensibilidad al paisaje y pone dentro de él un alma que vibra al unísono de la del lector. Y lo logra sin amaneramientos, sin concesiones a la fácil sentimentalidad y sin perder de vista la unidad del conjunto cuya armonía presta a su prosa un sólido organismo de sonata.

Rafael Cansinos Assens es, en cambio, un explorador de paisajes subjetivos. Sus poemas en prosa deben leerse con una blanda morosidad de letanía, pues la emoción está como acuñada en las palabras hondas, cálidas y esponjosas que destilan por los amplios corredores de las cláusulas y que evidencian que un dolor acendrado e invariable fuerza al autor a expresarse en ese tono aparentemente monótono, que contribuye no obstante, y en virtud de su misma sinceridad, a la comunicación espontánea con el lector. Y así fuera insincero logra dar una sensación tan desgarrada, tan decisiva, de pesadumbre, emplee los recursos que emplee, que se nos adentra fervorosamente, sin que nos detengamos a averiguar el grado de sinceridad o de insinceridad que anima su obra.

Pues bien: el fautor de "El traje maravilloso y otros cuentos a Chalito" ha pretendido en su último libro y en mérito de su aparente facilidad, dado que el género se presta a la divagación, abordar esos temas. Y sin

detenerse a reflexionar... pero, vayamos por partes.

La prosa y los prosaismos

Ante todo, el género poemático exige de quien lo cultiva, como cualidad imprescindible, una plasticidad verbal que le permita traducir diáfananamente sus impresiones. Ya que no otros méritos debe pedírsele a quien se embarca en esa literatura — que muchas veces suele ser nada más que literatura — un regular dominio de las formas de expresión y los elementales conocimientos sintácticos que coadyuvan a evitar las estridencias verbales y las construcciones artísticas.

La prosa de Lagorio, que finge ser lamida y untuosa, es endeble y cretácea. Los períodos ripiosos, enclenques y atarugados están densos de naderías. Y para que no se vea en nuestra actitud propósitos de arbitrario ensañamiento, vamos a proceder a una transcripción profusa y desinteresada.

Véase la singular concordancia de verbo y atributo en esta locución de "La cárcel abierta":

"La semilla de nuestra pena vaga había brotado una selva de dolores."

Repárese en la construcción gramatical, "uso nápoli", de las siguientes proposiciones azotadas por hondas luchas intestinas:

"Los autobús (!!!), al rojo vivo, cargados de urgentes deseos, sobre la calle que los perdona, corriendo pasan."

("Programa matinal")

"las ventanas que tienen cortinas cerradas, para reparar del sol, dejan la caja cerrada si el caso lo requiere."

("Elogio de la galera")

"Tus acacias, que *por demasiado crecer presto*, serán taladas, febriles desean cambios de estación para cubrirse de hojas trémulas que tiemblan a la caricia del río" (¿Qué río llega al Paseo de Julio a acariciar las hojas de las acacias?).

("Paseo de Julio")

También es pródigo el libro en sustantivos *sandwiches*; ahí van tres muestras detonantes: "típica democracia sincera", "pura caricia agria", "inconfundible perfil característico" y éste, que adquiere contornos de paradoja picaresca: "antes que las primeras sombras últimas nos recojan".

("la limosna retribuida")

Desconoce el autor el 67 por ciento de las palabras que emplea y las combina en una forma tan irrisoriamente absurda, que ratifica nuestra aseveración; véase si no:

"Si bien efímeras, aunque pasajeras de un día, todas atesoran algo de eterno."

("Canción perdida")

"el rumor de los proyectiles."

("El palomar")

"cabellos ensartados de las gemas incólumes del rocío."

("Pregunta")

"El agua del recuerdo encalma el conturbado corazón. Y el *humo* de la nostalgia *sahuma* cualquier hora."

("Elogio de la galera")

Después de esta instantánea de *Kodak*:

"Las últimas rosas no resistieron en sus tallos sacudidas por vientos pamperos (!!!); y de su perfume ni el recuerdo..."

("La cárcel abierta")

saltemos a la "Elegía del domingo", que es uno de los platos más suculentos de este sensacional *merendero*:

De entrada no más nos topamos con este parágrafo laberíntico:

"No siendo hoy, la playa del río de mi pueblo — ennoblecida por el amor inverosímil que le profesa el musgo, galán que desprecia las piernas de las visitantes para, en cambio de ascender por ellas con sutil caricia penetrar en la arena cada vez más — ofrece motivos encantadores". Después de hablarnos de las "nubes prendidas de espinillos en flor"... nos descerraja esta *tallarínada*: "más allá, un solitario, ¡álamo solterón! *imagino* toda su historia plena de amores imposibles" y a continuación se siente magnánimo y escribe: "Miro la extensión acuosa y veo al río adoptar un aire tan inocente que de inmediato lo absuelvo de culpa y cargo..." (Por nuestra parte tenemos la seguridad de que el río no haría lo mismo con Lagorio). Luego de fabricar medio metro de densidad, al referirse a los ruidos desagradables que turban su sosiego, menciona: "las detonaciones de los aristocráticos socios del Tiro a la Paloma..."

Saltemos otros párrafos a los que tendremos oportunidad de referirnos más adelante y nos damos de narices con una metáfora indigna de un prosista que se ha especializado en la manufactura de cosas sutiles y delicadas: "Un negro vigilante, orgulloso de su mandato, en un traje de paño — "malgré l'ete" — parece en el piso claro de la calle, una barra de pasta de orozuz, derritiéndose en el paladar de un niño glotón". Mas no insistamos en este "poema perlífico" puesto que el mismo autor se apresura a confesarnos con una sinceridad desgarradora: "Hoy me sería difícil decir algo de interés".

Pero la verdadera causa de los delitos de lesa gramática que encontramos en el volumen nos la revela generosamente el señor Arturo Lagorio en su "Consigna": "cuando puse los ojos en una cajita de útiles que Chalo olvidara en mi escritorio, parecida a la que en el colegio me permitía desatender las clases de gramática..." ¡Ese es el *quid*!

Pero no cesan ahí los descalabros de índole puramente literaria que afectan a "Las tres respuestas". ¿Cómo se puede concebir en su autor que pretende dar una sensación de poesía dotando de uniformidad sentimental al volumen esa cantidad ingente de prosaismos adheridos a las descripciones objetivas?

¿Cómo se puede concebir en un hombre que "cruzó las corrientes asaz vertiginosas del deseo humano" y contemplando la vida "desde una altura donde se mostraba serena como un terciopelo antiguo", "supo de la felicidad humilde y arcoirisada" que nos hable de "los rostros coloradotes de los bebedores de los picnics" y diga además cosas como éstas?:

"A pesar del empeño, digno de miembros de la Sociedad de Beneficencia, el caballito parecía querer morirse..."

("El caballito viejo")

"Las últimas "victorias" batidas en su guerra con los autos en tu baluarte aguardan; tal vez aún *llegue* el forastero que *desconoce* el taxímetro e *ignore* los reglamentos." ("Paseo de Julio") e inserte ese incommensurable "Elogio de la galera", que es una composición escolar, insulsa y libresca.

Pasemos por alto las descripciones baratas, cuando no ficticias que abundan en el volumen, descripciones que empobrecen y apelmazan el paisaje, aun cuando el autor se crea acometido de arrebatos líricos al decir que a los caballitos de pisadero "en la cuenca celestial, con sus mil lenguas, el agua los acaricia como una madre" y transcribamos, para terminar con este punto, un párrafo vocinglero: "Y nos quedábamos absortos admirando los innumerables matices del campo argentino, que sólo es monótono para quien no tiene ojos en el alma", párrafo que nos incita a recomendar a Lagorio se haga revisar el alma por un oftalmólogo, porque lo que es, en los dioramas de "Las tres respuestas" su intervención acusa una conmovedora miopía.

Ternura y chochez

Así como existe una diferenciación fundamental entre el sentimiento y la sensiblería hay una diferencia derivada entre la ternura que es una consecuencia del sentimiento y la chochez que es exaltación de la sensiblería. En "Las tres respuestas", Arturo Lagorio aspira a exteriorizar una ternura pueril, candorosa, cuya flagrante insinceridad la hace degenerar en una risueña cursilería.

Obsérvese la ingenuidad y el afeminamiento de las siguientes expresiones, que deben ser leídas con los labios fruncidos y recitadas con la mirada puesta en el *empíreo*:

"Sosiegate una vez más — repito todos los días —; cálmate, corazón loco; no palpites tanto en vano; ¡Cangallo y 25 Mayo, barrio de los Bancos!"

("Programa matinal")

"Mas, ¿porqué, señor, consientes que algunos hijos se mueran antes que sus padres?"

("Balada de la finadita")

"Y en medio de tanta alegría exterior, mi angustia íntima, pedacito de nube sacudida por rudos vientos."

("Elegía del domingo")

"Ayer; pichón de paloma, que ensaya sus vuelos, caminaste sola, ¡que Dios te asista, hija mía!"

("El andador")

"Entre mis dientes unas hojitas de yerba buena."

("Sábado inglés")

"¿Porqué, hijo nuestro, has preguntado, cuando iré a la escuela?"

("Pregunta")

"Mi chiquilín más amado, porqué tanto sufre, tenía fiebre, mucha fiebre..."

("Elogio al automóvil")

Cree, además, que para conmovér es imprescindible la intervención de los diminutivos y dice:

"Una ovejita ramonea el pastito verde. Un perrito puede roer su hueso en paz."

("Circo en el pueblo")

"eres como una cintita celeste que ornara el plano ocre de la ciudad; posees todo el encanto de las cosas caducas" (!!).

("Paseo de Julio")

Como no queremos convertir esta reseña en una antología y por si las transcripciones no bastaran, nos concretamos a señalar como poemas tipos de noñez a más de la mitad de las composiciones del libro, cosa que, sin embargo, no impedirá que el autor siga diciendo: "Como esta olvidada melodía de autor ignoto, así quisiera repetidos mis poemas mejores..."

("Canciones perdidas")

No hay derecho

Pero lo que no se le puede permitir a Lagorio, porque es palmaria la *pose* después de haber desleído tanta nadería en el libro, es que pretenda enfocar con su literatura hueca y palabarrera, el problema social, que en "Las tres respuestas" suena a sarcasmo, como lo evidencian estas palabras:

Y — desilusión de las cosas, nostalgias de sueños desvanecidos, partir eterno hacia la nada — ¿qué derecho tenemos ya de hablar de las artes bellas cuando los balancines siegan la alfalfa en flor de los dedos infantiles y los telares perforan los pulmones, y en los hornos se derriten como plomo la vida de tantos hermanos?"

("Museo Nacional de Bellas Artes")

Palabras que impelen a estampar las seis letras redondas y nerviosas de una blasfemia, porque ni aun como pretexto para hacer literatura debe concedérsele a su autor facultad para que comente el espectáculo de la vida, porque sus poluciones verbales lo ponen al margen de toda sinceridad y porque ella no necesita de grafómanos plañideros que la mi-

ran a través de una nube densa de tilinguería y de desaprensión.

Ex libris

Después de haber diseccionado someramente los diversos órganos constitutivos de la fisonomía del volumen no vamos a incurrir en la redundancia de emprender el análisis de la idiosincrasia del autor, puesto que ella debe estar rotundamente estereotipada en su obra.

Por otra parte, él mismo se encarga de exteriorizar un aspecto de ella al estampar en su "Ex libris" esta afirmación enfática: "Hincué mi pala en la tierra y un laurel la di que ya florece..." que pone al descubierto su petulancia, cualidad ésta a la que ya tuvo oportunidad de referirse el poeta Vignale en un artículo memorable que nos permitimos recomendar al amigo lector.

Queremos ocuparnos aquí del *Ex libris* xilografiado por Thibón de Libián, cuyas ilustraciones han sabido identificarse admirablemente con el espíritu del libro.

Representa dicho *Ex libris*, que goza, a nuestro parecer, de los atributos del símbolo y de la profecía un cuadro patético estremecido por ráfagas de tragedia. La alegoría es enervante en virtud de su desoladora simplicidad: es la hora en que el sol se lava con el permanganato del crepúsculo en la bañera del horizonte. Vese descender perpendicularmente, con las alas abatidas un ave cuya filiación es difícil de especificar (¿no será un ganso...?) y a quien aguarda en su trémulo lecho de cojijas azules la laguna alevosa. La caída es inminente. Cerremos los ojos.

La crítica amancebada

Lo que ha de sorprender al lector imparcial, después de haber leído esta crónica, es su tono, que discrepa fundamentalmente de la aduladora aspersión de admiraciones con que fué recibido por la prensa de casi todo el país el libro del señor Lagorio.

La razón es bien sencilla, ya que es casi proverbial en el ambiente literario la munificencia del fautor de "Las tres respuestas", quien sabe brindar oportunamente su protección solapada y telarañosa a los jóvenes, quienes, en cambio del espaldarazo influyente del maestro, se ven precisados a quemar incienso y mirar en honor de su persona.

De ahí que en gran parte de las críticas, de esas críticas hipertrofiadas de elogios y vaciedades, se regalara al libro con los conturbadores epítetos de "maravilloso y genial", cosa que debemos consignar francamente consternados, cuando se sabe que a jóvenes de positivo valer, en esas mismas publicaciones donde se monumentaliza a Lagorio, se les mezcla a sus libros hasta un "acuse recibo".

A nuestro juicio la expresión clara y franca del refrán castellano: "a mal Cristo mucha san-

gre", más que contra el autor de ese libro linfático es contra esa crítica sucia y amancebada que debe resolverse la indignación de los que observan con claridad estas cosas, dado que ella contribuye a popularizar y a consagrar — pese a su deshonestidad — a valores falsos y mediocres, obstaculizando canallesca-mente, como ayer lo hiciera con Palazzo y Malharro, la marcha de los que tienen mucho que decir, que lo saben decir y que no son advenedizos del arte y la literatura.

ISRAEL ZEITLIN.

Ya compaginándose nuestro número, leemos en "Proa" el elogio humillante que uno de sus directores hace a este mismo libro que nos ocupa. Doblemente humillante y vergonzoso, por cuanto dicha revista pregonaba a los cuatro horizontes su honestidad y su desinterés artísticos. No sabemos a qué atribuir semejante torpeza. ¿Repentinismo? ¿Miopía acaso? ¡Ojalá fuese esto! Pero no: esa glosa está lejos de llevar la ingenuidad de una equivocación: sabe a cosa rastrera, cada uno de sus párrafos se contornea y agita los cabos con la solicitud piadosa de un perro callejero. Lo lamentamos por ellos, porque somos jóvenes, porque queremos serlo, porque no nos han sobornado los sensualismos mezquinos de una gloria gráfica. Actuamos en un ambiente mediocre, torpe, ridículo. ¿Qué juventud es ésta, esta juventud que desconoce las fuerzas enormes de sus músculos y claudica, día a día, con la desvergüenza pagada de una prostituta?

LA REDACCIÓN.

Se ha dicho que los libros son los mejores amigos. En el contacto que tenemos con ellos sufrimos las mismas alternativas que experimentamos con respecto a la amistad. Hay libros que sin ser malos o con ser buenos, no resisten la "intimidad". Libros que varían a medida que se multiplican las lecturas. Ciertas obras que nos resultaban admirables a los 20 años, a los 30 nos resultan empalagosas o mediocres. Hay escritores que se nos vienen al suelo a la tercer lectura. Por el contrario, hay otros — como Dostoyewski — que cuanto más se lo lee, más grande se lo encuentra. Sólo los grandes corazones y los grandes genios resisten la intimidad en la vida y en el libro.



Un literato de vanguardia acaba de escribir un artículo extenso para probar que "en arte no hay izquierda ni derecha". Este muchacho genial un buen día le va a descubrir el agujero al mate o va a inventar el paraguas...

El día '26 de enero
aparecerá el próximo
número de

LOS PENSADORES

REFLEXIONES OPTIMISTAS

Dí tu verdad y rómpete.

Nietzsche.

I. — Terminado el conflicto de los maestros con el Consejo en que me tocara el papel principal de protagonista, mi deseo habría sido no hablar más del asunto.

Colgar las armas en un rincón y restituirme a la vida del trabajo y la cordialidad, era como una gran sed del espíritu.

No se puede pasar la vida guerrilleando. Aunque el atropello y la injusticia de los poderosos nos convierta algunas veces en el gaucho matreiro y peleador con la autoridad que inspirara a Hernández su célebre poema autóctono de Martín Fierro, la guerra no es una vocación para los hombres que traemos un vivero de ideales en el alma y una fiebre de acción en las manos. Es, simplemente, una fatalidad que debemos afrontar con un poco de estoicismo y otro poco de filosofía.

II. — La benevolencia no es el atributo esencial del hombre. Su distintivo es la malignidad. Dicho sea esto sin amargura ni escepticismo. Esa es la anatomía espiritual del bimano. Del mismo modo que el jabalí está dotado de colmillos o el rinoceronte de un cuerno sobre la nariz y de garras y dientes todas las fieras, lógico es que el hombre, el animal más sensible y el más desprovisto de armas naturales, tenga el estileto de la malignidad envainado en el disimulo de sus modales afables como la garra del gato y la pantera lo están en su suave estuche de terciopelo. Su placer no es distribuir entre sus semejantes los tesoros de la bondad. Ignora el goce supremo de la simpatía desinteresada. La frase de los filósofos como Guyau: "Amar es comprender y comprender es perdonar"; o la de Cristo, que es más vieja: "no desees a tu prójimo lo que no quisieras que te hiciesen a tí", son cantilenas sin sentido. El goce más barato de la gente consiste en rasguñar la piel al prójimo o en enturbiarle la fuente de la alegría.

Es por esto por lo que no me entristecen las bellaquerías con que me rinden su homenaje los filistéos o los andrójinos.

Los enemigos, después de todo, no nos guardan las sorpresas que nos reservan a menudo los amigos.

III. — ¡Con cuánto celo cuidan mi conducta los que usan mangas anchas para la suya! ¡Con qué generosas intenciones aquellos que tiran la piedra y esconden la mano azuzan mi amor propio para que salte de nuevo a la pista a capear el toro! Fulano no puede dejar sin contestar lo que le ha dicho el nuevo presidente del Consejo al reponerlo en el puesto. ¿Por qué no lo hace? ¿Por qué se calla? Y la murmuración va agrandándose, multiplicándose en círculos concéntricos sobre las muertas aguas de la charca espiritual en que yace el magisterio. Los pobres maestros se desahogan así, abriendo todos los poros de su

alma al chismorro y la murmuración, a medida que la rutina del oficio los va haciendo impermeables a la luz de la cultura y de los ideales de su época. Despellejar a los superiores en privado, adulándolos en público, murmurar contra amigos y enemigos, es su plato predilecto. No pueden negar que tienen la psicología de las servidumbres domésticas.

IV. — En la "Acción Socialista" del 10 de Octubre ppdo. aparece un artículo titulado "Razón del Mando", en el que se comenta el juicio emitido por el doctor Gondra sobre mi persona. Es la primera vez que un órgano de la prensa socialista me hace la distinción de ocuparse en términos elogiosos de mí. Declaro que son éstas las victorias que más me enorgullecen. Conquistarse un afectos en las filas adversarias, es derrotar un prejuicio y desarmar el odio que crea el canibalismo político y religioso entre los hombres.

El idealista activo que lucha por una idea, debe contar siempre, no con la fidelidad del amor o de la amistad, sino con la del odio. El amor muere y la amistad languidece: ambos nos abandonan en la primera o en la segunda encrucijada de la adversidad. Sólo ciertos odios son lámparas votivas que no se apagan nunca. Tal me ocurre a mí con ciertas personas y con ciertos diarios representativos de otras tantas mentalidades típicas, que han resuelto acompañarme fielmente con su odio hasta la sepultura. Repito que no me quejo de ellos. Les debo mucho más a ellos que a mis amigos. A fuerza de poner en derredor de mi nombre una aureola negra, han terminado por sembrar la duda y por desencantar a sus lectores a medida que éstos descubrieran que no era tan fiero el león como lo pintan.

V. — Cuando se ha conseguido educar el corazón en la experiencia y en el optimismo, no deja de ser divertido asistir como actor y espectador simultáneamente al fogueo de la crítica... o la diatriba de que nos hace blanco el enemigo. He aquí la propaganda que me hacen cuatro diarios de cuyas invectivas soy cliente más o menos asiduo.

"El Pueblo", diario del alto clero nacional que gobierna a la espalda de nuestros gobernantes por intermedio de sus mujeres, propaló la noticia de que el subscripto era "un anarquista de acción, muy peligroso y que no era verdad que fuese argentino sino que era español de nacimiento". ¿No era esto para divertirse? ¡Estos curas saben de la vida de cada individuo más que la madre que los parió!

"La Protesta", diario del anarquismo troglodita que le hace a "El Pueblo" la competencia en su sectarismo dogmático, me llama despectivamente bolchevique.

"La Vanguardia", en cambio, me obsequia siempre que tiene ocasión, con el título de anarquista irigoyenista. Según el diario de los doctores acomodados en el Parlamento, el subscripto fue nombrado hace cuatro años inspector de

Enseñanza Secundaria con 800 pesos de sueldo como premio "por haberse pasado" al irigoyenismo.

Como se ve, nuestros doctores del socialismo representan la decadencia en el arte de mentir.

Y finalmente "La Nación", producto híbrido de un injerto industrial como las naranjas de ombligo, no desperdicia nunca la oportunidad de llamarse "anarquista prontuario por la policía". En su inquina olvida el gran diario yanqui-argentino, que uno de los Mitre fué prontuario también y no por profesar ideas avanzadas, sino por haber sido acusado como ladrón de joyas. Pero aun cuando así no fuera, ¿qué noble y democrática actitud la de esos grandes órganos de la prensa nacional que reconocen tácitamente a la policía el derecho a fiscalizar las ideas de los que no piensan con los amos! ¿Invocar el testimonio del sayón contra los intelectuales sin librea, no es sentirse a su vez con alma de sayón?

VI. — Mis enemigos han definido, pues, mi posición intelectual. No me parezco a ninguno de ellos. No pertenezco a ningún rebaño, no me sienta ninguna etiqueta: soy un espíritu libre, un hombre que se vuela tal cual es en su pensamiento y que se responsabiliza de sus errores, orgulloso hasta de las desazones que le acarrea su franqueza. Los hombres de talento abundan en el país y el mundo está lleno de genios desalquilados, pero preciso es confesarlo, somos muy pocos los hombres que nos damos el lujo de vivir con sinceridad.

VII. — Según mi cordial defensor de "Acción Socialista", estoy colocado ante un dilema: o replique al doctor Gondra en sus apreciaciones que "implican una descalificación total del escritor o pensador", o guardo silencio. En el primer caso, estaría condenado a pasar grandes privaciones; en el segundo, moriría moralmente".

He aquí un doble error.

Hasta estos momentos el doctor Gondra se ha revelado un conservador pero no un inquisidor. Al reponer en sus puestos a los herejes, lo ha demostrado así. Y al reparar muchas otras injusticias, ha afirmado con hechos y no con vanas palabras, que éste es el primer cuarto de hora de la decadencia personal que hemos presenciado los maestros en el Consejo Nacional de Educación.

También es un error creer que se puede pasar la vida dando satisfacciones. Una cosa son las reacciones de la vanidad; otra las de la dignidad. No me duelen las críticas a mi labor intelectual. En eso no tengo el menor parentesco con los literatos que casi siempre le ganan en vanidad a las actrices.

Por lo demás, mi vida toda es una contestación a los prejuicios y las cegueras de nuestra clase gobernante. Siempre he creído que somos un pueblo inteligente gobernado por momias y por mediocridades.

VIII. — Declaro sinceramente que no me molesta en lo más mínimo el juicio del doctor Gondra. No seré yo quien critique su impulsividad para opinar desde su cargo sobre la mentalidad de cualquiera de sus subordinados. En eso nos parecemos ambos. La misma libertad acostumbré yo a tomarme para opinar sobre los hom-

bres que han desfilado por el gobierno de la enseñanza, los cuales no hicieron otra cosa que comprobar el fracaso de los universitarios encargados de dirigirla.

Pero la opinión del doctor Gondra, que al principio me hizo sonreír y después tentó mi vanidad de replicarle: contra eso que usted dice, he aquí lo que han dicho de mí otros hombres de talento y de fama, me llevó luego por el camino de la humildad, que es el camino de perfección para los que estamos de regreso.

¿Por qué no habría de ser, después de todo, ésta la primera vez que se me clasificara con justeza al llamármese revolucionario candoroso. Pues bien: creo que el doctor Gondra tiene razón. No será candoroso ciertamente soñar con un mundo mejor de fraternidad y de justicia, por más que a veces lleguemos a pensar con el personaje de "Germinal", que la justicia es incompatible con el hombre.

Pero es candoroso soñar en voz alta donde todo el mundo piensa en hacer su agosto.

Es candoroso pensar en oposición a los que tienen puestos y prebendas para repartir.

Es candoroso entregarle el corazón a la causa de los miserables, que lo exigen todo y no dan nada... porque nada tienen para dar.

Sí, reconozco que soy un revolucionario candoroso frente a los inúmeros revolucionarios prácticos que han cambalacheado a tiempo sus ideas por un sitio de primera en el presupuesto. Pero ya no tengo tiempo de corregirme, y no pienso imitar a los Lugones ni a los Guglianones ni a los Calcagno ni a los Piedrabuena. Y sobre todo, somos revolucionarios retóricos y candorosos los que peleamos con palabras aquí donde los sediciosos y los demagogos del 90, están hoy magníficamente pensionados por el Estado.

IX. — Pero seamos justos. A veces los revolucionarios candorosos ganan batallas sin sangre y sin pólvora. Lo importante es que la acción de los revolucionarios candorosos se haga sentir en beneficio del bien público. Nadie me podrá robar la íntima satisfacción de haber contribuido a salubricar la atmósfera que ahora respiramos en la enseñanza. Ya tenemos un Consejo compuesto de personas honorables. Pronto lo tendremos también de individuos capaces. Tal estado de cosas yo he contribuido a crearlo. Si fuera menester repetir la quirotada, volvería sin duda a jugarme el pan de los míos, seguro de que no me lo reprocharían, porque también ellos prefieren el hambre a la claudicación.

Y esto no es cuestión de teatralidad, sino de tener fe en la divina potestad de la justicia. Yo creo en ella. Yo la espero siempre, porque sé que aunque sea rengueando, como decía Nietzsche... un día llegará. Además, aunque internacionalista de ideales, ningún lenguaraz del patriotismo me gana en fe sobre la bondad del alma criolla de nuestro pueblo, para la cual nunca fueron vanos alardes los nobles gestos del carácter.

X. — Y para terminar estas reflexiones, hablaré del principio de autoridad y de la disciplina. No conozco ninguna más alta autoridad que la que da la corrección en el proceder, la nobleza y el talento en la dirección de la cosa pública. Este pueblo no está hecho para ser manejado por tiranos. Su escepticismo político no es bondad y domesticación, sino rebeldía y des-

JUDÍO

Cuento de ambiente escolar

POR

ERNESTO L. CASTRO

Cuando Aarón Burdman entró en el aula detrás del director, los que habían de ser sus condiscípulos le empezaron a observar con maligna curiosidad. En seguida se oyó en la clase un murmullo de risas y palabras.

Aarón, todo cohibido, desgarbado, excitaba antes que lástima, la burla en los escolares. Su cara afilada, pálida, su nariz aguileña, grande, desproporcionada, su pecho estrecho, las piernas largas y delgadas, el pelo de un color amarillento, en fin, todo el conjunto de su persona contribuía a hacer más ridícula su situación y su figura.

El maestro, en cuanto salió el director, abrió el libro de asistencia y mirándole por encima de los lentes, le preguntó:

- ¿Cómo te llamás?
- Aarón Burdman.
- ¿Cuántos años tenés?
- Trece.
- ¿Argentino?
- No, señor: ruso.

La sala fué invadida por un rumor de risas. El profesor levantó la cabeza asombrado de tal hilaridad.

—¡Silencio!!

Y miró fijamente a los alumnos, paseando la vista sobre todos. Luego, curioso, inquirió:

- ¿Israelita?
- ¿Qué?
- Pregunto de qué religión.
- ¡Ah! Judío.

—Bien... Sientese allí. — Le indicó un banco ocupado por un solo alumno. Cuando Aa-

precio por los adormideras intelectuales que pretenden regir su destino.

Salvar la disciplina en abstracto, no es velar por ella. Esta no es una cosa formal y externa. La disciplina depende de resortes morales internos que una vez rotos por la iniquidad o la injusticia, no responden más a los mandatos de la moral. La obediencia automática es propia de autómatas morales: de esclavos, pero no de seres dignos y autónomos.

El orden es el juego armonioso de los estímulos morales llamados aprecio, respeto y consideración mutuas entre superiores y subalternos. El orden sin la libertad y la justicia no es sino una máscara de envilecimiento por parte de los que mandan y los que obedecen.

El orden impuesto por la fuerza de los dictadores es una bomba de dinamita que, al estallar, hace volar a los mismos que la construyeron.

rón se dirigió a su sitio, se llevó una silla por delante, cosa que regocijó a la clase. Todo confuso, trataba de empequeñecerse para escapar a la implacable curiosidad de los demás y trató de concentrar después toda su atención en las explicaciones del maestro. No le quitaba los ojos de encima, inmóvil, sin hacer ningún movimiento, seguro de que todos los ojos espían sus menores gestos.

A la hora del recreo notó un aislamiento hostil. Nadie se acercó a no ser para repetir las burlas. Desde ese día no le llamaron ya por su nombre propio, sino por el mote de ruso: en los casos extremos, exasperados ante el estoicismo del muchacho, le apostrofaban:

—¡Judío!... ¡Judío!...

Cuando se oyó la primera vez insultado así, abrió los ojos, estupefacto, sin poderse explicar qué tenía de denigrante la religión de sus mayores. Recordaba a su ex-maestro, un viejo semita de la calle Junín deportado a la Siberia en 1905, por sus actividades revolucionarias, que le enseñó a leer conjuntamente con otros muchachos; él, con palabras de pronunciado acento ruso, le hablaba, orgulloso, de las leyes hebreas, de la historia del pueblo elegido, citándole a cada momento pasajes del Talmud.

Un día, durante el recreo, mientras Aarón, recostado contra la pared, observaba el juego de los otros, sintió en la cara el golpe de unas cáscaras de fruta y vió al autor de la agresión acercársele provocativo.

—¿Por qué me has tirado eso?

—¡Porque sí!

—Esa no es contestación. ¿Te he hecho algún daño?

Le decía todo eso en forma tan suave, que el otro, confuso, no supo replicar.

—Si te he hecho algún daño habrá sido sin querer — añadió —. ¿Qué hice yo?

Y el muchacho, desviando los ojos, le dijo ex-abrupto:

—¡Ustedes son unos judíos!

Luego se marchó, sin mirarlo, a jugar con otros escolares.

Aarón, tratando en vano de hallar algo que justificase la actitud de sus condiscípulos, se preguntaba con angustia:

—¡Judío! ¿Y qué tiene el ser judío?

Viendo a los otros muchachos reír y gritar, mientras corrían persiguiéndose en el juego, Aarón se sintió más solo y más odiado.

—¡Judío! ¡Judío!

La campana terminó con el bullicio del recreo. Los alumnos alineáronse por grados y entraron en las aulas. Para Burdman la tarde pasó demasiado lenta.

Después de terminadas las clases, mientras los escolares salían de la escuela en filas y se dispersaban en todas direcciones, Aarón, con los libros debajo del brazo, solo, como de costumbre, comenzó a caminar rumbo a su casa, no prestando atención a lo que sucedía atrás. No podía olvidar las crueles mofas de los discípulos.

—¡Eh, ruso! ¡Cambalachero!... — gritó uno a sus espaldas.

Aarón no se dió vuelta. De pronto, al mismo tiempo que un bulto pasaba a su lado rápido como una exhalación, recibió en la espalda un puñetazo y oyó un grito:

—¡¡Judío!!

Le sobrevino un dolor tan agudo que lo obligó a recostarse contra un árbol; atrás de grito y del golpe oyó un rumor de carcajadas frenéticas. Pálido, con los ojos nublados, levantó el brazo derecho doblándolo a la altura de la cara para defenderse, al mismo tiempo que murmuraba:

—¿Por qué? ¿Por qué me hacen eso?

Una vieja que había presenciado lo sucedido, toda indignada, les gritó a los otros:

—¡¡Sinvergüenzas, pillos!! ¿Eso les enseñan en la escuela?

Los muchachos, asustados de la fechoría cometida, escaparon, y él quedó apoyado contra el árbol, solo, con la vieja.

—¿Por qué te pegaron? — le preguntó ella con bondadosa solicitud.

Y él, sin atreverse a decirle la verdad, le contestó:

—¡Por nada!

—¡Por nada no puede ser! ¿Vos les habrás hecho algo?

—No, señora, le juro que no les hice nada — replicó con vehemencia.

Ella escudriñó sus facciones y viéndole con los ojos brillantes de lágrimas, le dijo después de pasarle por la cara una mano sarmentosa, acariciante:

—Mejor entonces. Hay que ser bueno, hijito. — Y se fué, caminando encorvada por la edad, arrastrando los pies a cada paso.

La calle había perdido el aspecto bullicioso que le daba el tropel de escolares. Pasaban en lento desfile carros y chatas. Los caballos que tiraban de ellas marchaban moviendo acompasadamente las cabezas amodorradas, hasta que las insistentes campanadas del tranvía obligaba a los carreros a desviarse de los rieles. Aarón penetró en su casa; el zaguán, lóbrego y húmedo, puso en su espíritu precoz una nota tétrica; subió los crujientes escalones. Abrió la puerta del cuchitril ocupado por su familia y después de dejar sobre la mesa los libros, dirigióse a un rincón del pequeño patio, donde su madre, inclinada sobre una batea, fregaba con energía una pieza de ropa.

Adentro, en la habitación, se oyó el lloro de una criatura.

—Aarón, andá, mirá el nene — le dijo ella.

El entró en el cuarto, se acercó a la cuna y la meció. El niño se calló. Pronto quedó dormido. Aarón pensó para sí por él y por el otro ¡Judío!

La angustia le apretó la garganta. En la pieza la penumbra se intensificaba: las cosas se veían confusas, esfumadas. Abrió un pequeño ventanillo para que entrase un poco de luz, y después, arrojándose a la mesa, tomó de encima de ella los cuadernos de deberes; al acercárselos a sí, sus manos tropezaron con un librote: la Biblia. Empezó a dar vueltas a las hojas dominado aún por el dolor de las injusticias. Su vista se detuvo ante los versículos del Sermón de la Montaña. Leyó: "*Bienaventurados los que lloran; porque ellos recibirán consolación*".

Cayó de bruces y lloró largo rato, ocultando la cara entre los brazos. Una mano se posó sobre su cabeza; al levantarla, vió ante sí a su padre que lo miraba con cierta inquietud:

—¿Qué te pasa? ¿Por qué lloras?

Con la cabellera revuelta, los ojos húmedos e hinchados, le contó parte de lo que le había sucedido a la tarde; después, cohibido por el silencio hosco que guardaba, le preguntó tímido:

—Decime, papá, ¿es a mí solo al que tratan así?

Esperó atento la contestación. Vió cómo al padre se le crispaban las comisuras de los labios, marcando un gesto doloroso, pero sin responder nada. Luego sonrió.

—Decime — insistió el chico —, ¿es porque soy judío?

El padre lo miró, volvióle a mirar nuevamente y por fin le confesó:

—Sí, es por eso.

Los muebles y las cosas de la pieza volvían a esfumarse en las sombras. Aarón, lo mismo que antes, mascullaba:

¡Judío! ¡Judío!

Quería descifrar el por qué de ese rumor, de ese odio que no alcanzaba a discernir y que se condensaba en una sola palabra:

¡Judío!

Los lloros de la criatura rompieron el silencio de la habitación. Aarón, para disimular las lágrimas, se acercó a acunarlo. Y el rítmico traqueteo de la cuna fué lo único que se oyó en la pieza.

ERNESTO L. CASTRO.

Acaba de morir Reymont, autor de "Los campesinos". Reymont recibió el año pasado el premio Nobel. Bjorson murió poco después de haber recibido el mismo premio. Anatole France, también... Por lo que se ve, el susodicho premio es un premio funestísimo. Quien lo recibe, al poco tiempo, se muere. El señor Lugones, que lo desea ardientemente, debe de meditar sobre el asunto.

HORARIO DE UNA LECTURA

“La flecha en el vacío”, por Ricardo Gutierrez

6.40 horas

De un salto dejé la cama por el chorro fresco del baño, contento como un niño en la mañana de Reyes. Sobre mi escritorio me espera un libro que hace días quería leer: “La flecha en el vacío” de Ricardo Gutiérrez. Anoche me fué prestado por un amigo. Es una edición “in cuarto”, espléndida, suntuosa, admirable. Lo he abierto cien veces. Uno siente deseos de escribir al acariciar la aterciopelada superficie de sus páginas, suave como pétalos de tulipanes. Y la impresión, tan nítida! Recuerdo una edición de “Les complaintes” de Laforgue, póstuma; los libros de arte de von Belhagen, de Leipzig; las ediciones de D’Annunzio que hiciera Treves, en Milán; y me avienen deseos de bibliómano. La alegría se escurre en mí. ¡Esta necesidad de acariciar el libro como a los muslos de una mujer!

Abro la ventana: el cielo apenas tiznado por las chimeneas de las usinas. Un murmullo lento, compacto, se eleva de la ciudad como un despareamiento de cuartel.

Comienzo mi lectura, con el entusiasmo que se inicia una aventura juvenil.

7 horas

Dudo. Mi entusiasmo flaquea. He resuelto cerrar la ventana y recogerme en el silencio de la habitación, con los codos sobre la mesa. Me molesta ese ruido que sube de la ribera, ese martillar de los astilleros, continuamente repetido con terquedad de lluvia. Leo: *jardín aldeano, mar imposible, amarga esperanza...* y algo se rebela en mí, como la mano que se ha llevado al césped para cortar una flor, al contacto de la piel babosa de un escuerzo. Leo: *amor, dolor y vida...* ¿A qué viene esta enumeración? Es como si dijera: brazos, piernas y extremidades. La vida es un continente: el amor y el dolor son dos consecuencias de la vida, o a la inversa, si se quiere. Redundancia. Noto sin embargo, una ligera emoción en esta “poesía”, pero no me dejo engañar; algo hueco suena lamentablemente. Prosigo en la lectura.

7.20 horas

Palabras, palabras... ¡Todo es artificio! Voy descubriendo “le secret professionnel”: el lugar común emotivo. No hay claridad: todo es confuso y enmarañado. El verso está mal hecho; ha desaparecido el ritmo y sólo queda un asonante pesado, que martiriza, un asonante de plomo. Estoy aturdido. No me sale al paso de la lectura ni una imagen reconfortante.

Leo: *saludando a las barcas lejanas del ensueño...* ¿Es posible, es posible que todavía se recurra a estas oleografías poéticas?

7.40 horas

Hay dos clases de emoción en la obra de arte: la falsa emoción producida por la materia, y la verdadera, la profunda, la humana emoción del artista. Dije falsa emoción, debí decir: fácil emoción de la materia. El verso es emotivo de por sí, sobre todo el alejandrino con larga pausa intermedia, en que se ha escrito este libro. Existe la vieja emoción desperdada por las mismas palabras — asociaciones subconcientes — : *Job, rey mago, río silencioso, el lobo de los caminos...* Por fin, la impecable presentación del volumen.

Separo la materia y voy en busca del autor. ¿Dónde se ha escondido? Palabras, palabras, palabras. Recuerdo a otro poeta argentino que habla continuamente de “los vagos puertos, Bagdad, el Cairo, Alejandría...” y nos emociona, es decir, emociona a los profanos que no se percatan de que esa calidad de emoción también la sentirían leyendo un libro de viajes, el anuncio de una casa naviera o el relato de un descubrimiento arqueológico. El verdadero poeta desecha el teatro, es decir, lo teatral, lo literario que pueda empañar la desnuda poesía. La emoción que sorprende en algunas páginas de este libro es puramente literaria: no aparece, en concreto, ningún dolor. Se me dice a cada verso: *yo sufro, mi dolor, mi angustia, este dolor mio...* Pero el lector no acaba por enterarse de cuál es el mencionado dolor. Se abusa de la buena fe del que lee. El señor Gutiérrez cree que todo lector de un poema suyo le es un creyente incondicional. Y en cambio de escribir: “Yo he deseado ser el más grande poeta del mundo. Pan reencarnado. Pan profundo, flauta al viento, y me ha faltado talento, etc.” — escribe: *Yo sufro con mi dolor...*

Palabras. Todo el mundo sufre: lo positivo en la vida es el dolor como lo es el calor en otro orden de fenómenos. El poeta debe analizar su dolor, disecarlo, presentarlo a los ojos de todo el mundo para que el mundo, en viéndole, le reconstruya, parte por parte, y se diga: este es el dolor del poeta, y se encuentre en su misma angustia. No hay que mencionar una sola vez la palabra *dolor*, la palabra *triste*, la palabra *angustia*. El señor Gutiérrez no me ha descubierto su pecho flagelado ni por un minuto.

8 horas

No sé si continuar o no la aventura de este

libro. He leído diez veces la palabra *Dios* y *Señor*. Sentimiento religioso, acaso? ¡Literatura!

La mujer más alejada del hogar, la que renegó de él, o simplemente, la que no conoció a su madre, al sentirse en un trance doloroso, tan doloroso que no pueda contener un grito, ese primer grito será ¡*mamá!* Es un grito ancestral, digamos: genérico, que no significa que dicha mujer *siente* la ausencia de quien la trajo a la vida, que la *ve* y la *recuerda* en ése instante en una forma honda e íntima. Ese grito *mamá*, como en el caso de los niños de un orfanato, deja de ser representación de una persona para convertirse en una interjección, más o menos paliativa. Así cuando leo: ¡*Señor!* o ¡*Dios!* en estas cosas del señor Gutiérrez, no percibo "sensación" alguna de sentimiento religioso. Por otra parte, la palabra *Dios* es la banderilla, la representación verbal de un infinito que el poeta, si lo capta y si es suficientemente artista, debe saber traducirlo, sin clasificarlo, por lo mismo, previamente.

El *Dios* del señor Gutiérrez es el signo convencional que emplean los ortodoxos de cualquier religión. El poeta verdadero — es decir, el poeta — debe darnos la noción personal del signo vernáculo.

8.30 horas

He leído todo el libro, a pesar mío: me ha ganado la curiosidad, una curiosidad maligna. Lo he seguido al señor Gutiérrez, página por página, como un señor desocupado me seguía, en mi pueblo, durante mis primeras aventuras de equitación. Y me he reído aquí, a cada caída, como aquel señor se reía cada vez que el caballo me reintegraba a la superficie de la tierra. Pero no con tanta perversidad: acaso con lástima, con un asomo de amargura.

No he encontrado nada verdadero en las sesenta composiciones del libro. El señor Gutiérrez ha hecho periodismo de la poesía como lo está haciendo de Amador o como lo hace Blomberg. Todo es retórica: ni siquiera habilidad retórica. Voy a enumerar las "muletillas emotivas" del señor Gutiérrez, por orden de importancia. Observo que todas tienden a crear en el espíritu del que lee un estado de depresión moral: declive necesario para una entera mistificación.

TABLA DE RECURSOS EMOTIVOS

Ceniza: *Comí sus cenizas mezcladas con mi pan...* páginas 23, 52 y 95.

Dolor: *El dolor de...* *El ambiguo dolor...* etc., páginas 34, 40, 47, 63, 73, 89 y 99, etc.

Humo: *Palabras que se elevan en la columna de humo...* páginas 52, 65 y 115.

Mendigos y anexos: *Desnudo como un hosco mendigo...* o sino: *el organillo volverá a llorar*, etc., páginas 42, 44, 55, 66, etc.

Mar y anexos: (¿Qué mar es este que se recuerda en todo el libro?): *Viajé como un*

albatros por mares indecisos, etc., páginas 9, 14, 16, 34, 45, 59, 73, 91, 106, etc.

Pájaros: *como un pájaro enfermo...* o la variante: *pobres pájaros muertos...* páginas 9, 39, 59, 85, 137, etc.

Polo: Además de toda la nieve, niebla y viento helado distribuidos convenientemente en el libro — ¡este verano! — el poeta ha dedicado un poema íntegro al oso polar, en la página 19, al que tiene el gusto de compararsele.

Patología: *Viajeros locos...* *Aspiraciones locas...* *Angustias enfermas...* etc.

O sino: *Hélices locas...* *trágicos sonidos...* etc. Véase todo el libro.

Refugios: *Y el calor de mi cueva*, etc., páginas 99, 118 y siguientes.

Recursos bíblicos: *Tres angustias* — *loto* — *grizzli* — *ermitaño* — *Moabita* — *ocho misterios* — *triángulos* — *sacos rotos* — *ciudades solitarias* — *muros blancos* — *quintos preceptos* — *círculos eternos* — *perfumes de recuerdos*, etc.

Ternura: *Saquito* — *hilito* — *plantita* — *cosita* — *lucerrillo* — *arbolito* — *pequeñito*.

Vasos rotos: *Un vaso roto y triste...* con la variante: *la copa está vacía sobre la mesa triste...* páginas 38, 78, 125, etc.

Viajeros locos: *Como un viajero loco que se arriesgue en la vida...* (Hay algunas variantes), páginas 34, 37 y siguientes.

He tratado de registrar los recursos emotivos más interesantes y que concuerdan con la índole plañidera del libro. Ahora podría entresacar otros, tan gastados como éstos en el escenario romántico: *el lobo de los caminos*, por ejemplo, o *la gris y esfumada nube*, o, sino bastasen, *el musgo del olvido* (pág. 90) o, *la mañana sonrío fresca como una rosa*, etc., que leo en la página... he perdido la página, pero no importa: abriré el libro sin temor alguno por no encontrarla: es la imagen de mayor ubicuidad que posee la utilería del autor.

He aquí ahora algunas adjetivaciones, al azar: *Largo camino* (pág. 52, 58, 71, etc.) *ideal imposible* — *manso cordero* — *blanco sudario* — *triste desnudez* — *carne mortal* — *campiña verde* — *eterna ilusión* — *día triste* — *ventana triste* — *jardín triste* — *casa abandonada* — *tierra imposible* — *hoja seca* — *rama seca* — *higuera seca* — *voces vagas* — *espíritu vago* — *aspiración vaga* — *dulce promesa* — *dulce ilusión...* etc., etc.

Y estas expresiones freudianas de las cuales dijo un crítico amigo (amigo del poeta) que eran de una profundidad bíblica:

Señor, he caminado sobre toda mi vida creyendo en el torcido corazón que se allega... [(pág. 23).

Es justo y en los círculos eternos la periferia espiritual se expande... (pág. 36).

9 Horas

He vuelto a abrir la ventana de mi habitación. Un ruido ensordecedor de máquinas y martillos llega del puerto, con el humo de las fábricas. Corre una brisa tibia. Veo los másti-

ALDEA ESPAÑOLA

El libro de Fernández Moreno

Libro de versos excepcional, es este de Fernández Moreno. Entre la balumba de ellos, casi todos ellos literarios — pero de mala literatura — es una nota singular el que comentamos. Humano, profundo, de noble inspiración y lleno de una cordialidad capaz de dar calor al corazón menos dado al contacto con los libros.

Frente a una literatura poética, que está viéndose inesperadamente, tanto como Primo de Rivera, se levanta esta obra, de una dulzura y una gravedad al mismo tiempo, que señala un puesto en la actual vida del verso en el Río de la Plata.

Forma y contenido, corren parejos. Impecable ella, de vocablo exacto; y, noble y puro el contenido. Recuerdos de una aldea llena de sugerencias, son las poesías que Fernández Mo-

les de las barcas asomarse por sobre los techos con algún gallardete entre las manos. El cielo se ha desteñido con el sol implacable, innumerable, de esta mañana de diciembre. Me llega a las narices el olor a pasto húmedo de las caballerizas vecinas. Y de los patios se elevan las voces de los muchachos: *¡Pari, noni!*, y el sonido chispeante de los cobres, que enternece a los viejos, como un requiebro. Estoy pensando en la poesía y en la gloria, estas dos cosas que andan tan dispares. Pienso en la reputación literaria, en la política literaria, en los cenáculos literarios y me dan, como nunca, náuseas. Acabo de egresar de un libro que mereciera el elogio unánime de nuestra prensa, un libro inútil, chirle, palabrero. Fuí a él como irá todo aquel que lo adquiera en una librería: movido por los gacetilleros espléndidos de elogios. Y se me ha engañado miserablemente.

A ratos me enternece el pensar que más se ha engañado el autor, pero ¡al diablo con mis enternecimientos! Nadie tiene derecho a usurpar el presente de los otros, con falsificaciones sentimentales. Mas, allí están los obreros de las fábricas, los peones descargando maderos en el puerto; hasta aquí llegan las imprecaciones alcohólicas de los conductores de carros. Gente fuerte toda; gente que lucha, día a día, con una miseria de boca verdadera que les ataraza las carnes como una ligadura. Miro a una mujer, sobre una azotea vecina, tendiendo la ropa, la falda húmeda moldeando el vientre maduro. Y todo esto me reconforta: siento correr mi sangre, atropelladamente. Aquí, en el patio, bajo mi ventana, un muchacho ha juntado los papeles que discurrieran la noche anterior por los rincones, y enciende la pequeña pira.

—¡Eh, Carucho, eh!...

Y gusto el placer de ver quemar un libro...

PEDRO JUAN VIGNALE.

reno nos da hoy. Evocaciones que llegan al corazón, por uno de esos caminos que describe el poeta.

Paisaje lo hay en este libro como en pocos. Ya es conocida la certera manera del poeta, al describir los lugares que sus ojos ven. De esto, han hablado ya muchos críticos más o menos entendidos. Queremos tratar en esta nota, del valor humano de la poesía actual de Fernández Moreno. Una composición le pinta de cuerpo entero, y esta es "Lamberto". De una exactitud y una síntesis robusta es esta pieza que leemos con la emoción hecha un nudo en la garganta. Cuatro trozos, bastan para pintar una vida, desarrollar una existencia y describir una tragedia. ¡Quién de los *versificadores políticos y estrategas* de la hora actual, es capaz de dar en cuatro líneas un contenido semejante? "Juanito" es otra pieza del mismo corte, aunque un crítico de poco ojo y mirada escasa diga que no es exacto el retrato, porque las uñas largas no son amarillas. No son, por cierto, las uñas largas que van al manicuro, amarillas; pero sí lo son las de los muertos, por ejemplo... Pero, para saber esto, hay que asomarse a la muerte, y eso *no se lleva*, es de mal gusto entre los literatos finos... Es poco edificante ese espectáculo...

El tipo humano que se pasea por "Aldea española" es, sencillamente, formidable. En ningún libro de versos se halla un humanismo semejante, unido a un paisaje de pintor maravilloso, que sabe rodear a cada personaje de un ambiente propicio.

Así el personaje dramático de "Sepa el tiempo con quien trata", de gran fuerza, aunada a una fantasía singular; así el "Pastor Isidoro" y "Un viejo", el más acabado de los retratos y el que posee todas las condiciones para quedar en cualquier literatura, así sea ella americana o europea.

Este libro, que lo es de saudades, de evocaciones de la infancia, tiene la particularidad de no tener entre sus recuerdos lo vano y pueril de la infancia. Fernández Moreno recuerda los personajes de su aldea con un amor y una verdad que asombra. Y no son ellos entes vulgares, porque no lo es, tampoco, el ambiente. De ahí esos trozos exactísimos, encuadrados en pinceladas de un color no menos exacto.

El libro último de Fernández Moreno marca un punto en la literatura de hoy, porque va del hombre al paisaje, del factor humano al ambiente. Una vez más, elogiamos la obra de verso más humana y más sincera, colocándola entre las excepciones.

AMORIM

El señor Leopoldo Lugones ha sido propuesto por una camarilla de literatos para el primer premio nacional, y por tres gobiernos americanos para el premio Nobel. Arturo Lagorio ha sido propuesto por la Compañía de Seguros "Roma" para el primero o segundo premio municipal del año en curso.

Perogrullo a través del señor Méndez Calzada

El señor Méndez Calzada ocupa un alto puesto en el escalafón de nuestros humoristas. Se elogia su ingenio, su vena inagotable y su firma véase a menudo en las publicaciones de más fuste. Si hemos de creer lo que aseguran ciertas revistas, el señor Méndez Calzada es un humorista de nota, opinión que es fuerza acatar en gracia a su insistencia y a la seriedad indudable de aquellos que admiran su humorismo. Y conste que no todos los cultores de este género literario logran que se los admire *seriamente*. . . El señor Méndez Calzada, entre otras, tiene esa fortuna. Discípulo de France, sabe cuán pocos son los recursos del hombre; ha descubierto el fondo de vanidad que oculta y ante su esfuerzo inútil (esfuerzo inútil del hombre, entiéndase bien), como el creador de M. Bergeret, sonrío paternalmente. La presunta anticipación de los poetas a su época, no es privativa de ellos como se cree. En tal sentido, quizá los humoristas les lleven ventaja, desde que en cualquier asunto, común o complejo, siempre están al cabo de la calle. Desentrañaron el misterio del mundo y desde su inaccesible observatorio, saben cuáles son las sorpresas que reserva el camino a la pobre humanidad extraviada. Pasiones, sentimientos, ideales, todo se pulveriza a través de su análisis, radicalmente corrosivo. Si al menos hicieran pública su infinita sapiencia, quizá el dolor humano se atenuase en parte. Pero su vital pirronismo no les permite ejercer esa función cristiana. Dichos humoristas sutilizaron tanto, en sus reflexiones han vuelto la vida del revés tantas veces, que no creen siquiera en que su mediación pueda ser útil. Y así anda el mundo por su culpa, pues siendo en la actualidad un contingente apreciable, por poca solicitud que desplegaran, dejarían muy atrás la obra del benemérito Ejército de Salvación. Sobre todo en nuestro país, donde el humorismo tiene tal profusión de cultores, debidamente organizados, constituirían una entidad eficaz, aparte de la campaña previsoras que podría llevarse a cabo con una revista. Vaticinar los males que acosan sin remedio al hombre, es la función pragmática que el humorista debiera ejercer. La única publicación que existe cuyos fines son preventivos por excelencia, es de pronósticos referentes a las reuniones hípicas y a juzgar por sus cuantiosos lectores, la que tratamos de auspiciar aquí, tendría pronto arraigo.

Tal vez estas apreciaciones no cuadren del todo al señor Méndez Calzada. Pese a su humorismo, sintióse atraído por otras actividades literarias, cuya profesión exige fe. Un paso más y puesto aparte el escéptico, creyó hasta en el jurado municipal. Como siempre, la cuestión es decidirse. De ese lance proviene que el señor Méndez Calzada sea ahora un humo-

rista a secas y en cambio, un poeta premiado. El autor de "Nuevas devociones" fué así víctima de sí mismo, pues la humorada es evidente. Se infiere el inmediato divorcio que habrá tenido lugar en el fuero interno del señor Méndez Calzada, entre su humorismo, vocación primogénita y solterona y, por otra parte, su veleidad lírica, objeto de preferente atención. Falta de ese útil condimento, su poesía no puede sino ser lóbrega, enjuta y hasta fúnebre. (*Eso* que recitó en el funeral cívico en memoria de José Ingenieros, nadie lo hubiera hecho mejor que él, cuya musa no podía estar ausente de ese acto. Se supone el gozo diabólico que habrá experimentado su propio humorismo, entidad espiritual despechada): Si se tiene en cuenta que este escritor probó además su suerte en otros campos literarios — cuento, crítica negativa, etc. — sacamos en conclusión que es una "mentalidad compleja", como diría alguno de los doctos profesores franceses que nos visitan.

Motiva estos comentarios la aparición de "El jardín de Perogrullo", último libro de Méndez Calzada. Nosotros, menos indiferentes que los críticos oficiales, cuya opinión aun no se conoce, no hemos creído justo pasar por alto esta oportunidad, teniendo en cuenta que el señor Méndez Calzada, con derecho o no, goza de ciertos prestigios. Así, a nuestro entender, dicha producción sirve para mostrar que su autor tiene de todo, menos aptitud para humorista. (Dejamos aparte la sutil diferencia entre humorismo e ironía.) Salvo una que otra excepción, lo que hemos leído fruto de su ingenio, nos pareció siempre esfuerzo estéril, penoso afán de hacer a todo trance humorismo. Y excusado es decir que si la poesía no admite en ningún caso laboriosidad, el humorismo no es menos inconciliable, siendo en cambio más fácil de notar cuando sólo resulta a medias. El poeta que quiere expresar un estado de ánimo y no hace sino retórica, a lo sumo deja traslucir su impotencia; pero el humorista cuya intención frustrada se hace al fin visible, éste no sólo da idea de su incapacidad, sino que se ridiculiza debido a su ambición. Porque hallar el lado grotesco que oculta el hombre indefectiblemente, más que un tema literario, importa una actitud vital que si bien puede ser creadora y fecunda, puede ser también simple defensa para uso de algunos mediocres y engréidos. En este último caso, ninguna posición tan cómoda, tan libre de ataques como la que goza el humorista. Y esta simulación sufre su justo castigo, tan pronto como se insinúa o "muestra la hilacha", al decir común. Los que practican de este modo el humorismo, cuando más, llegan a hacer literatura. El menos exigente, que a duras penas enhebró al fin cuatro o cin-

co chistes y otros tantos juegos de palabras, no duda que sus amigos están en lo justo al compararlo con Larra.

Fuera de otras clasificaciones, hay dos formas básicas de humorismo: el que parte de una especial concepción del mundo, sostén consistente cuyas sugerencias no dejan de ser nunca elevadas o sea el humorismo auténtico, y el que se nutre sólo de influencias librescas, producto híbrido y deleznable. Sin desconocer una que otra página de "El jardín de Perogrullo" felizmente escrita, el resto del volumen acusa en mayor o menor grado esa influencia libresco. De balde ensayamos nuevos puntos de vista para excitar así nuestro interés. Esa producción revela que el señor Méndez Calzada carece de la espontaneidad que por sí sola distingue al genuino humorista. Este observa lo que ocurre en torno suyo, sin forzar nunca la visión ni desvirtuar su actitud; aquél, como de sobra lo prueba "El jardín de Perogrullo", vive espiando la oportunidad de convertir el orbe de cosas dentro del cual se mueve él mismo, en filosofía menuda o breves acotaciones de un humorismo dudoso. Prueba al canto:

Aquellos que no pueden vivir los poemas se consuelan escribiéndolos.

Perder el tiempo agradablemente es la única forma racional de aprovecharlo.

"Time is money. He ahí una apotegma digno de un conductor de taxímetros."

"Un hombre perfecto sería imperfecto."

Como en esas mismas páginas el señor Méndez Calzada asegura sin rodeos que su "vocación literaria es resultado de una arraigada convicción personal", teniendo en cuenta las muestras transcriptas, lógico es deducir que se *conveniente* pronto. Teníamos, pues, razón al principio poniendo en duda su incredulidad aparente. Desde luego, es innegable que cree en el jurado municipal así como también en su vocación literaria, según lo confiesa él mismo. Los pensamientos y sentencias más arriba citados, dan fiel idea de todo el contenido del libro cuyo humorismo, sobre ser a veces del peor género, coincide hasta con Bourget, como lo prueba la primera frase transcripta (Estudio de Bourget sobre Flaubert). Dichos "apotegmas" no pasan de anotaciones superficiales, simples detalles aislados. Excepto los amigos del señor Méndez Calzada, nadie dirá que es humorismo lo siguiente: *"No hay satisfacción tan completa y tan pura como la de saber que un amigo nuestro acaba de volverse loco."* Y todos hallarán ingenuas cosas como ésta: *"Es una completa patraña lo de que el hombre feliz no tuviese camisa. Está perfectamente comprobado que usaba camisas de seda y que las cambiaba diariamente."* *"Las estupideces que conscientemente hacemos a diario, llega un momento en que ya no nos parecen estupideces."* *"Se podría definir el carnaval como la válvula de escape de la hipocresía acumulada durante el año"*, etc., etc. Estas dos últimas palabras del

humorismo grato al señor Méndez Calzada, nos hicieron recordar "M. Croquant", por Remy de Gourmont, libro que como "El jardín de Perogrullo" gira alrededor de un héroe panglossiano. M. Croquant, personificación del sentido común, opina también sobre la vida, las mujeres, la literatura, etc., y Remy de Gourmont describe, en un modelo de inventario, su rica biblioteca. He aquí algunos de los pensamientos de M. Croquant: *"Conocer la moral, es practicarla."* *"Es necesario escribir como se habla, como todo el mundo habla."* *"La literatura sería estimable si pintase la vida tal como debería ser."* *"Deseo que una novela sea un buen ejemplo. No encuentro nada más nocivo que la pintura de las pasiones. Un hombre honesto no tiene pasiones."* Entre los escarceos literarios de M. Croquant, cuéntase que era su placer favorito, poner en prosa la poesía de Verlaine para hallar mejor su sentido, según subraya Gourmont. Como se ve, Perogrullo engañó de una manera innoble al señor Méndez Calzada. Lo que éste, pese a su sagacidad, tomó por confidencia de Perogrullo, ya lo sabía Remy de Gourmont, pues salta a la vista que M. Croquant no es sino un nombre supuesto. Fuerza es confesar que el autor de "Lettres á Sixtine" le ganó de mano a nuestro humorista, víctima de la falacia perogrullesca. Siguiendo en tren de deducciones, tal vez Gómez de la Serna haya sido también confidente de Perogrullo al mismo tiempo que de Colombine. Sería un modo de explicar las "Anticipaciones" del señor Méndez Calzada que integran su último libro y los famosos "Telegramas imaginarios", que forman parte de "El libro nuevo" de Gómez de la Serna. Probablemente éste ha de ser un recurso de Perogrullo — legítimo, por lo demás — para librarse de engorrosos biógrafos y humoristas a medias que han descubierto el modo de sobresalir, explotando su universal prestigio...

LUIS EMILIO SOTO.

DEJAD A LOS MUERTOS ENTERRAR A LOS MUERTOS

Al entierro de Antonio Maura concurrió lo más destacado de la aristocracia y de la monarquía española. Según "La Nación" aquello era algo "imponente". El que no pudo ir personalmente, mandó a un representante.

Iban, por orden, siguiendo el cortejo fúnebre: Los porteros de la Real Academia de la Lengua.

El infante don Alfonso de Orleans.

El duque de Miranda.

El marqués de Estella.

Varios Sánchez: Sánchez de Toca, Sánchez Guerra, etc.

El conde de Romanones.

La Cierva.

García Prieto.

Y en último término, perdida en el fondo, iba la sombra de Francisco Ferrer.

DESPILFARROS

I

Nada pierdo
y gano poco
con ser cuerdo.
Mejor es volverse loco.

II

Quise, buscando un poco de pureza,
desprender una flor,
¡y cogí la cabeza
tornasolada de un camaleón!

III

Todo es sórdido: un río
turbio como un reptil
soñoliento que cruza el caserío.
Mientras subraya el frío
sempiternos crepúsculos.

Intermitentemente
desgrana el cielo gris
su crónica cistitis. Un ambiente
de sótano, un ambiente
palúdico y viscoso.

Pero en un pobre techo de madera,
de hoja de lata y zinc,
se abre una enredadera
como un sarcasmo de la primavera
sobre tanta bazofia...

IV

Porque no imito al loro, amiga mía,
¡qué acéfalo me siento
cuándo voy al salón! — Una ironía
para el que gasta un poco de talento.

Me torno mudo, ásperamente amargo,
y pensarás de fijo
que soy un ser inútil. Sin embargo,
bien puedo hacer un hijo.

V

Tiro a un lado
los recuerdos, mientras fumo
sobre una mesa acodado.
La brisa se lleva el humo.
Mas no puedo;
y su faz, que no agoniza
dentro de mí, con el dedo
perfilo entre la ceniza...

Porque soy un solitario
que anhela olvidarla. Pero
sin horario,
¡qué hora indica el minuterio?

Y al memorar todas esas
sus promesas, mientras fumo,
sonríe de las promesas...
La brisa se lleva el humo.

PEQUEÑAS ANTOLOGIAS

Luis Carlos López. — Este es un poeta personal — aunque se le citen antecedentes: Benville, Bartrina — y esto de ser poeta y personal es exótico en América, donde abunda el verseador sentimentalizante y en la que a sus escritores de más nombradía se les puede citar, casi libro por libro, el autor europeo que han calcado.

López, poeta colombiano, natural de Cartagena de Indias, en donde vive, la ha reflejado en cuatro libros originales: *De mi Villorrio*, *Posturas difíciles*, *Varios a Varios* (en colaboración con Cervera y López Penha) y *Por el atajo*. Artista vital, fué, como nuestro Carriego, uno de los que, rebelándose contra el falso ambiente libresco de los rubendaristas, cogieron a puñados la vida real, áspera, sucia y dolorosa que todos sufrimos, para hacerla poesía rica en sabor, olor y color. Su verso es sobrio, medido, casi lineal a veces. ¡Y eso en pleno trópico, donde tanto abunda la hojarasca de la sentimentalidad dulzona! López ironiza donde tantas generaciones de verborreicos han gimoteado falsos amores y dolores mentidos, sólo porque así gimoteaban los románticos franceses y españoles que plagiaban. Como verdadero poeta que es, López ha de amar la vida, y está obligado a vegetar en un pobla-

do ruinoso, rodeado de frailes, beatas, políticos y mercachifles al menudeo. Sufre, y se ve escribiendo cáusticos epigramas. Es, no pocas veces, un caricaturista lleno de intención. El funambulismo no es nada más que verbal, debajo de un disfraz tan desconcertante palpita un hombre que siente hondo y piensa alto; prueba de esto son la inquietud y el descontento que nos transmite. Dura como la de Quevedo es su música; mas de tarde en tarde salpícala una nota estridente — ¡grisa, llanto? — que nos recuerda a Bartrina; pero menos grandilocuo que el español y más fresco que el catalán, el colombiano nos da la sensación de ser más poeta. Se ve de él brota un chorro lírico que el tedio y la mezquindad de la vida circundante convierte en turbia ironía.

Imágenes imprevistas, adjetivación epiléptica y técnica desarticulada; son las características de este sentidor que es también un cerebral; pertenece a la fauna — rarísima en idioma español — de los poetas que piensan. Y está llenando su misión: la de poner en ridículo a los "huecos y panzudos" vencedores en esta vil epopeya de un centavo, que es la vida burguesa.

A. Y.

VI

Le fusilaron esta
madrugada,
como si fuese un criminal.
¡Y la social
protesta?

Ninguno dijo nada.

Y aun vibra todavía
dentro de mí—¡qué amarga
tontería!—

la descarga de la fusilería.

VII

Llegó, como una extravagante flora,
la tribu de gitanos. ¡Quién pudiera
no ser a toda hora
dúctil como la cera!

Para mirar la errátil caravana
con sólido criterio campesino,
cuando marche mañana
por el ribete rojo del camino...

VIII

Después de una zafarrancho,
rota la épica lanza
el noble amo de Sancho,
el noble amo de Sancho,
el noble amo de Sancho Panza.

Lo cual, tirando a un lado
de un puntapié la espada
del escudo abollado,
es otra quijetada...

IX

Canta un gallo en el fresco matinal. Todavía
duerme la población
bajo la niebla. Asoma la palidez del día
y tembrosamente, como una evocación
de aquella edad lejana
de diestros y primicias, trabuco y pastoral,
solloza la campana
linajuda del viejo convento colonial...

X

Sólo por ti, madre mía,
soy bueno. Sólo por ti
jamás me preguntaría:
¡pero, para qué nació?

XI

¡Qué cosas en el proscenio
risible de la creación,
que muchas veces un genio
depende del comadrón!

XII

Bostezo, mientras fumo un cigarrillo,
jugando al ajedrez
con un señor senil. Suma el corrillo
sinceridades de la estupidez.

Para hilvanar el rato
de rutinaria obligación social,
solamente mi gato
ronca en una actitud filosofal.

XIII

Se diluye la ingente
curva de la montaña. El sol se aleja
por entre motas de color de aciano.

Ni un chopo ni un cortijo. Y bajo el puente
de bejucos, que finge áspera ceja,
se abre con sueño el ojo del pantano.

Ojo que mira sin mirar, que aduna
la voluptuosidad del sibarita
y la extraña neurosis del asceta.

Y alma sin fe la acuarela, una
cigüeña filosófica medita
como yo, que hoy no tengo una peseta...

XIV

Por tus ojos, hipnóticos ojos
de un lejano color amatista,
sentí los sonrojos
y las timideces de un seminarista.

Sonó la campana
y dió un resoplido
de bestia en celo la locomotora
en la virginidad de la mañana...

Y te has ido, te has ido
fugitiva visión de un cuarto de hora,
sin dejarme quitar la sotana...

XV

No gasto tu optimismo
de pacotilla. Para
contemplar el cariz de un espejismo,
los ojos de la cara.

Pero quien analiza
se torna ciego para los asombros
y es como un cigarrillo hecho ceniza...
¡Ah, si pudiera no encogerme de hombros!

DESCUBRIMIENTO DE UN POETA ANIMALISTA

Por LEONIDAS BARLETTA

Me he convencido de que entre los contemporáneos, salvo Roald Amudsen y alguno que otro filatelista o entomólogo, nadie como yo ha experimentado la emoción del descubridor. Y no es que yo haya avistado paraje sin hollar, ni sello de la Cochinchina, ni lepidóptero maravilloso; mi oficio, que es el de las letras, mi afición, que es la de catalogar jóvenes poetas, futuras glorias nacionales, como otros se empeñan en clasificar insectos, me han puesto de frente al vate M. López Palmero, que ha publicado unos versos en el número 197 de la revista "Nosotros", sin pensar acaso que las pinzas de Elías Castelnuovo rondaban su cabeza.

Cábeme, pues, la gloria de tal descubrimiento. Castelnuovo ni siquiera tiene noticias del hermoso ejemplar que tengo bajo mis ojos.

Me he puesto a examinarle y he comprobado que M. López Palmero no pertenece a la familia de los diáfanos, a pesar de sus puntos de contacto. (A un cisne le dice: *Urna de gracia eterna, mármol de la armonía*). Tampoco corresponde a la familia de los jazzbandistas, ni a la de los termométricos, ni a la de los infantilistas. M. López Palmero pertenece a la numerosa familia de los remonanos...

— ¡Vaya qué descubrimiento!

... ¡calma!... variedad animalista.

Animalista... a-ni-ma-lis-ta. Como suena. Así como en las artes plásticas hay animalistas, con la incorporación de M. López Palmero ha de haberlos en la poética. Este joven aeda tiene ya su zoológico en verso. Su propósito es noble y altruista. Otros han complicado a las musas en trabajos de alcahuetería literaria o las han dejado encinta para que parieran la Biblia en verso o siquiera la Guía de la Unión Telefónica, en endecasílabos pareados; este joven exioldro, lector de míos, ha procurado a las musas una descendencia animal. Por eso es un poeta animalista. Un liróforo que derrocha su talento en dignificar la fama argentina.

Hay autores que por no entender a los hombres, interpretan a los animales con un espíritu semejante al de las bestias de que tratan. Bien lógico es que tenga algo de perro apaleado quien describe con exactitud el sufrimiento de la pobre bestia. Lógico es que tenga algo de gato quien hable con propiedad de las cuitas de un gato. Pero es nuestro deber hacer constar de que no es éste el caso del joven apolonida que nos ocupa. El — todo delicadezas — interpreta el espíritu sutil de las alondras — ¡oh! Rubén! —, de las libélulas y de las chicharras (cigarras), de las tenues mariposillas, de los chivos, de las arañas y de otros bellos insectos. Y sabido es que para esto hay que sentirse un poco alondra — ¡oh! Rubén —, un poco libélula — ¡oh! Rubén —, un poco mariposa — ¡oh! Rubén —, un poco chivo — ¡oh!... en fin, hay que volar, volar...

Estas sutilezas psicológicas aparte, lo cierto es que nuestro joven aeda ha innovado en literatura.

Ahora que todos aspiran a figurar en la vanguardia literaria, llega el joven vate de nuestra filípica, sencillamente, simplemente, heroicamente se coloca a la cabeza de los que marchan en primera fila llamados comúnmente "camina siempre" en el latín de Aulio Gelio.

Mister, o mejor dicho ger Stock Sarrasani tuvo necesidad de todo un buque para transportar a sus animales. ¡M. López Palmero, sin ruido, sin propaganda, le pide a mi amigo Bianchi la pista de "Nosotros" y presenta acto continuo un par de cigarras (chicharras) algo fenomenales, como que el propio exhibidor asegura que

...es el alma del mundo que se ha vuelto sonora!

Luego presenta un casal de alondras y unas estupidas luciérnagas que se ríen.

Da tu luz a mi verso y tu risa a mi idea

Lo mismo que sabemos que la mejor revista del mundo es *El Hogar*, sabemos que las luciérnagas son los 'bichitos de luz'. Y ni el mismo Ortiga Ankermam, que es el más erudito de nuestros directores de revistas, podría afirmarnos que en sus correrías ha encontrado con un bichito de luz que riese. Ni el viejito Anatole France, que era capaz de hacer hablar a un pingüino, como después de su muerte aconteció con su secretario privado, dió jamás noticias de una luciérnaga muerta de risa.

De modo que las primeras que se han introducido al país las ha importado el joven bardo motivo de estos comentarios.

A continuación presenta chivos en la montaña y buitres y arañas y termina mostrándonos un cisne:

gracia de la pureza, arpa maravillosa

Después de conocer este cisne-arpa, ya no se asombra uno ni de las leyendas guaraníes de ese tartamudo mental que se llama Ernesto Morales, que afirmaba en versos octosílabos que su novia era de Florida (F. C. C. A.), como una verdad trascendental.

Pero M. López Palmero es jovencito, es tímido y es bueno. Todo dulzura, todo candor. Oigámosle:

estás, pobre alma mía, dulce Psiquis medrosa.

Y después de esto esperemos que nos siga mostrando los fenómenos de su colección zoológica. Por este año tiene ganado merecidamente el premio de la Sociedad protectora de animales, que también puede ser la editora de su primer libro de versos... animalistas.

Tu eres valiente entre los cobardes y cobarde entre los valientes; eres grande entre los pequeños y pequeño entre los grandes; servir con los prepotentes y tirano con los serviles; te callas cuando debes hablar y hablas cuando debes callarte: en eso finca tu "personalidad". Pero no te desanimes; hay otros peores que tú... Por ejemplo... el vecino de enfrente.

La cultura y la educación le arruinan parcialmente el cerebro al hombre. El peor veneno de la inteligencia no es la mujer ni el football: es la cultura y la educación tal cual nos la suministra el Consejo Nacional. No hay niños más mal educados que los hijos de los maestros y las maestras. Ni gente más ignorante que los eruditos. No porque se planten muchas plantas sobre una roca vamos a obtener buena cosecha. Ni porque la policía se ocupe de la buena educación urbana vamos a dejar de ser menos groseros de lo que somos. La cultura no pone ni quita talento. La educación no da ni quita delicadeza. Y estas no son verdaderos de Salomón.

DEMOCRACIA Y PROGRESO

Van más de setenta años; puso de moda el socialismo la interpretación económica de la Historia y desde entonces tal idea infiltróse en las capas sociales componentes de la actual democracia.

Llegaron los días de la primacía de las cosas y bajo un clima moral propicio el mal se expandió vertiginosamente, lo mismo en la Europa cansada e impotente que en la América virgen y futura, donde el aventurero emigrante llevó la sed insaciable del oro conservada más tarde por cinco centurias.

Después de tanto materialismo teórico, coincidiendo peregrinamente con el desarrollo del capitalismo, la visión del progreso redújose al aumento de la producción, perfeccionamiento de la técnica, como condición fundamental de la estabilización y condición dinámica de la sociedad.

De él se habla en la conversación obligada. La mentalidad media burguesa refiérese a él cuando se ilusiona con el porvenir. Bien que esto del progreso económico (acumulación de las riquezas) sea cuánto se ve en al épica del espíritu cartaginés de los días corrientes.

En lenguaje corriente se dice: un hombre progresa cuando se enriquece. Un comerciante, un sabio, un filósofo, un periodista, un artista progresan cuando devienen adinerados. En América se publican diccionarios corpulentos, de XV tomos, cuyas páginas están profusamente ilustradas con retratos de hombres que, entre otras virtudes, tuvieron la principal de enriquecerse.

Es increíble el valor del dinero. La fe en él aumenta por doquiera; pobres y ricos creen en su majestad, superlativamente los primeros. Tal estado crea una conciencia colectiva, una psicología especial, manifiesta visiblemente y con abundante claridad en las ciudades norteamericanas. Allí es mirado como un sér despreciable el hombre que no logra enriquecerse. La pobreza es signo manifiesto de inferioridad y desadaptación; con el tiempo llegará a deshonra. Los ciudadanos viven con ilusión de hacerse millonarios de la noche a la mañana. Tienen por lo menos la oportunidad lógica de serlo, aunque prácticamente los naufragos sean millones. No importa la manera de adquisición de la riqueza; el crimen y la maldad no manchan y no se perciben si junto a ellos hay una libreta de cheques.

Menester será una profunda revolución colectiva para vulgarizar la idea de que la riqueza de un pueblo no está en el dinero sino en la producción y trabajo. El dinero puede ser útil, hasta necesario a la sociedad, pero no omnipotente. Francia, Italia, Inglaterra, América, todo el occidente no han hecho más que acumular oro, multiplicar las fábricas y sólo

ha aumentado el crimen, la delincuencia, el vicio y la inmoralidad.

La creencia progresista azeuó el avance de los poderes económicos sobre las formas políticas (muchos llegaron a confundirlos) contribuyendo a la creación de una superestructura mortal para la sociedad de durar un siglo más.

La economía, lo económico no es todo. Sí, sólo un aspecto limitado de múltiples jroblemas. Hemos venido a la tierra para realizar todos los valores conocidos, que como hombres tenemos, más cuantos nuevos aparezcan y deban realizarse.

Nosotros, dice Rockwel Kent, artista libre, para quienes la brega por las comodidades materiales se ha convertido en una obsesión, hemos dado el nombre jactancioso de progreso a nuestras adquisiciones; en realidad nuestro esfuerzo parece una manifestación de que el espíritu de contemplación y de reposo se ha debilitado en nosotros bajo el temor a las privaciones materiales, y a esta privación de sosiego le llamamos civilización una vez que hemos caído presa de irremisible materialismo; tras de haber corrompido el alma humana con todas las inquietudes, hacemos del lujo nuestra gloria y dejamos la holganza para las razas primitivas.

Una teoría de la felicidad próxima

El optimismo moderno se conforma con una evolución material; ve un futuro con casas de cincuenta pisos, trenes aéreos, gigantescos dirigibles, comodidades eléctricas, radio y mil maravillas más. All, piensa, alcanzaremos la felicidad perdida, encontrará el hombre la redención de sus pecados, todo por virtud milagrosa de un esfuerzo externo y sin relación con el sacrificio que representa la perfección íntima y el alcance de la sabiduría.

¿Qué busca la civilización en esta hora? El progreso. Todo hacia él se orienta. El hombre se agota en agitación perpétua e injustificada. La sociedad se cubre de hospitales, lazaretos, prisiones, lugares de suplicio, crímenes y horrores. Aumentan la estupidez, la bajeza, maldad, hipocresía y egoísmo.

Olvídase la perfección del hombre, la actitud contemplativa y la serena sabiduría se desprecian mientras se agiganta la acción material. El hombre apártase de sí mismo; parece que el mundo le ha conquistado definitivamente; el peso muerto de las cosas le ha ahogado y roto las cuerdas de la íntima iniciativa.

Aquí el progreso es un fin, un plan. La vida no se sujeta a ninguno y en el momento lo despedaza. Sin él tenemos significado y nos proyectamos sin término en el misterio del futuro a través de nuestros sentimientos de in-

mortalidad. Durante doscientos años se esperaba ingenuamente del progreso la salvación de los males sociales, o, por lo menos, el apaciguamiento de las luchas tan violentas como fratricidas; se esperaba la salvación del hombre, pero parece que esta vez tampoco va a ser salvado. Hueco, sin noción alguna intrascendente, fué sólo la quimera del optimismo burgués, conclusión de una ética cuyo más alto postulado estaba en el desarrollo del orden a priori y preexistente emanado de Dios.

En donde se niega existencia al progreso como tal

Giambattista Vico, para descifrar el misterio único de la historia, pensaba que la humanidad vuelve a pasar por los mismos puntos "*Corsi e ricorsi*". Spengler, al desentrañar el sino de las culturas en su triple desarrollo histórico (nacimiento, madurez y muerte), no ha menester mención del progreso.

Siempre es posible explicar la historia y concebir la naturaleza sin ninguna fórmula de progreso. Su negación no implica un retorno al pasado. Nadie piensa seriamente en ello. No aspira la generación actual, como el apóstol de Yasnaia Poliana al cristianismo de las catacumbas, cuya potencia se proyecta impecedera y siempre vitalizada a través de veinte siglos. No al sentar la imposibilidad del progreso queremos con Nietzsche un retorno a ese nuevo descubrimiento de la vida humana — alimento espiritual de todas las generaciones — llamado el Renacimiento, ni a la Edad Media — tan mística, propia y original — todos los días más admirable, como fué el deseo de los románticos alemanes, ni a ese estado fabuloso que Rousseau llama natural. Nuestra negación del progreso implica afirmación de la vida y del presente.

Tales pensadores y muchos otros no expresaron más que las dudas del espíritu. Si el progreso les hubiera satisfecho no volverían los ojos hacia el pasado. Fórmula tan hueca como moderna para gentes de hondo sentir religioso.

Observamos cambios de forma en la naturaleza, sucesión de fenómenos reflejados en nuestros sentidos, acción de la energía sobre la materia, transformaciones físico-químicas, evoluciones, mutaciones, comprobamos cambios biológicos, revoluciones, trastornos societarios, pero a nada de esto es lógico llamarle progreso.

¡Adelantar! Adelantar por adelantar y sin fin, significado o término alguno, nada quiere decir. Puede irse por mal camino. Efectivamente, ha emprendido la marcha por el mal camino. Una mirada en torno al mundo contrasta el corazón. Ni paz ni sosiego en los espíritus; después de la hecatombe de la guerra, todos armados, lo mismo en las masas devenidas, pobrísimas, que en las clases privilegiadas. Viejos materialistas y quienes esquematizaban la humanidad de tal manera que podía entrar completamente en un casillero cual-

quiera, tenían una fórmula así: "la humanidad cazaba, luego por progreso pescaba, más tarde se hizo agricultora, llegando al final al comercio y las industrias; paralelamente el pensamiento de teológico se hacía metafísico y de aquí pasaba derecho, como por encanto, a ser científico. Todo lo cual es el progreso... Vana manera de autosugestionarse..."

Nos parece tan grande, comparable la invención de la canoa por el hombre primitivo, cuando se lanza a la deriva sobre un tronco de árbol, como la invención de la electricidad; tan útil el descubrimiento del fuego como la imprenta o el descubrimiento de América; la utilización del trigo, del maíz y de los frutos en general; el trabajar hierro y bronce son de igual trascendencia que la invención de la imprenta, la teoría de la relatividad, las hipótesis de la evolución, la construcción del puente de Manhattan. La concepción del mundo de Aristarco de Samos es ya no semejante sino idéntica a la de La Place o Poincaré.

¿Por qué vanidad creer inferiores a otros?
¡¡Olvidar méritos reales por el solo hecho de ser nosotros los modernos y aquellos nuestros antepasados es ridículo!!

No hay redención en el mito desaparecido. Sin valor ético conocido, noción subjetiva la idea de progreso sólo reposa en la fe. Todo el mundo necesitó de tal idea para afirmarse cuando ella no se afirmaba en nada. Sin término y sin objeto fué fórmula vaga por cuanto si progresábamos automáticamente no había necesidad de trabajar; con holgar era bastante. Al abandonarla el hombre tiende a adquirir el poder de dirigirse, único y verdadero poder, del cual no han de arrepentirse los semejantes, de donde surge el eterno "conócete a tí mismo."

El progreso no es una ley en la historia, ni una necesidad social, ni algo que existe, ni nada que no existe. Pesa sobre la consciencia del hombre moderno como los fantasmas sobre la mente del hombre medioeval. Por todas partes se esclaviza en su nombre, aumenta el dolor del mundo y se multiplican las lágrimas.

Una clase de hombres usa de él para hundir a otra clase, que de tanto oír mal y no comprender, acabó por creer todo. El progreso es un escudo tras del cual continúa la esclavitud del asalariado, llámese obrero intelectual o "ex-hombre".

Miremos el progreso sin prejuicios, sin vendas en los ojos, sin lo que nos dijeron nuestros abuelos y sin lo que nos mintieron nuestros contemporáneos. Miremos esa ilusión con los ojos del cuerpo y del espíritu, como miramos una máquina cuando vamos a ponerla en movimiento; como miramos un paisaje y en él no encontraremos nada. Poesía, fe, economía política, interés común, cualquier ideal digno de bienestar y de libertad colectivos habrán huído para siempre de su compañía.

Mentira aguda en sociología, engaño en filosofía, es la fórmula burguesa del porvenir del mundo. Las actuales democracias lo aprove-

LA TÍA PEPA

POR

ROBERTO ARTL

Me acuerdo.

La vieja Pepa Antinucci vivía en el pueblo de Las Perdices. Era tía de mis cuñados los hijos de Alfonso Antinucci, el terrible don Alfonso, que azotaba a su mujer María Palomba, en el salón de su negocio de ramos generales. Reventó, no puedo decir otra cosa, cierta noche en un altillo del caserón atestado de mercadería, mientras en Italia la Palomba se proporcionaba amantes entre los sacamuélas de Terra Bassa con el dinero que don Alfonso enviaba para costear los estudios de los hijos.

Los siete Antinucci eran ahora oscuros, egoístas y crueles a semejanza del padre. Se contaba de éste que una vez, frente a la estación del ferrocarril, con el mango del rebenque le saltó los ojos a un caballo que no podía arrancar de los baches el carro demasiado cargado.

De María Palomba llevaban en la sangre su sensualidad precipitada y en los nervios el repentino encogimiento, que hace más calculadora a la ferocidad en el momento del peligro. Lo demostraron más tarde. Ya la María Palomba había hecho morir de miedo y a fuerza de penurias, a su padre en un granero. Y los hijos de la tía Pepa fueron una noche al cementerio, violaron el rústico panteón y le robaron al muerto un chaleco. En el chaleco había un reloj de oro.

Yo viví un tiempo entre esta canalla. Todos sus gestos transparentaban brutalidad, a pesar de ser suaves. Jamás vi pupilas grises tan in-

chan demasiado bien, mejor dicho, cuantos explotan la democracia viven de él. Rompe la solidaridad humana impidiendo la manumisión de la inteligencia y del cuerpo. Hasta hoy todos creíamos que a ella llegaríamos por él y nos dejábamos estar quietos. Hoy reacciona el espíritu libre, abandonando toda soberanía, porque toda soberanía es mala y más cuando es de ficción, de mentira.

Se apagan manifestaciones de la vida humana y aparecen manifestaciones de la vida humana.

Trabajemos por nuestras necesidades y deseos, sueños e ideales. Abramos corazón y alma a la vida libre, como lo hace la tierra a la lluvia en primavera.

El Bien es tal y el mal es el mal. El término del hombre es el bien.

El siglo XX, en su segunda mitad, será un siglo de bien y de bondad, de sabiduría, de solidaridad, de ayuda mutua, hasta de felicidad, pero sin progreso, sin un átomo, sin una idea de progreso.

JUAN LAZARTE.

móviles. Tenían el labio inferior ligeramente colgante, y cuando sonreían sus rostros tomaban una expresión de sufrimiento, que se diría exasperada por cierta continua convulsión interior. Las hermanas, sensuales y tristes circulaban como fantasmas entre ellos.

Me acuerdo. Entonces yo había perdido mucho dinero. Merodeaba por las calles de tierra del pueblo rojo, sin saber qué destino dar a mi vida. Una lluvia de polvo me envolvía en sus torbellinos, el sol centellaba terriblemente en lo alto, y en la huella del camino torcido oía rechinar las enormes ruedas de un carro cargado de muchas grandes bolsas de maíz.

Me refugiaba en la farmacia de Egidio Antinucci. En el laboratorio encalado, Egidio trabajaba en un mortero o con una espátula en un mármol, frotaba un compuesto. En tanto yo me preparaba un refresco con ácido cítrico y jarabe, Egidio decía sonriendo tristemente:

—Esta receta me cuesta ocho centavos y se la cobraré dos pesos y sesenta y cinco.

Y sonreía tristemente.

O, anochecido, abría la caja de hierro, sacaba el dinero producto de la venta del día, y lo alineaba encima del tapete verde del escritorio.

Primero los amarillentos billetes de cien pesos, después los de cincuenta, a continuación los de diez, cinco y uno. Sumaba y decía:

—Hoy gané ciento treinta y cuatro pesos. Ayer gané ciento ochenta y nueve pesos — y sus grandes ojos grises se detenían en mis ojos con intolerable fijeza. Un anonadamiento invencible me inmovilizaba. Y él repetía, porque comprendía mi angustia, repetía con una expresión de sufrimiento dibujada en el rostro por su sonrisa:

—Ciento treinta y cuatro pesos, ciento ochenta y nueve pesos — y lo decía porque sabía que yo había perdido mi fortuna, y ese conocimiento le hacía más enorme y dulce su dinero, y necesitaba verme pálido de odio frente a su dinero, para gozarse más sabrosamente en él.

Me preguntaba:

¿De quién le viene esta ferocidad?

En un automóvil de ocho cilindros, me llevaba a casa de su tía Pepe. Allí comía para no gastar en el hotel, y la vieja, recordando el egoísmo de su difunto hermano, se regocijaba en esta virtud del sobrino. Cuando yo llegaba, la tía Pepa me hacía recorrer su caserón, abría los armarios y me mostraba rollos de telas, frazadas y joyas que ella regalaría a sus futuras nueras, y conducíame a la huerta o me mostraba las habitaciones desocupadas y la sólida reja de las ventanas.

Si no hablaba, interrumpiéndose, tomándome de un brazo y clavando en mí sus implacables

ojos grises, más grises en el arco de los párpados morados. Y a espaldas del sobrino, me contaba de su hermano muerto, de su hermano que yo comprendía había robado en todas las horas de su vida, para dejar un millón de pesos a los hijos de María Palomba.

—Y esa perra tiró todo a la calle — voceiferaba.

Cuando se nombraba a la hedionda, la tía Pepa masticaba a su odio como a una carne viva, y exaltándose contábase tantas cosas horribles, que yo terminaba por sentir su odio en mi rencor, y ambos nos deteníamos estremecidos de un coraje que se hacía insoportable.

Y yo me preguntaba:

¿De dónde les viene a esta gente un alma tan sucia? Y ciertas veces creía en la herencia de la María Palomba y otras en la del terrible don Alfonso Antinucci.

Después comprendí que ambos se completaban.

Esta historia explicará el alma de los Antinucci, el egoísmo y la crueldad de los Antinucci y su sonrisa que les daba expresión de sufrimiento, y su bello colgante como el de los idiotas.

Me la contó riéndose el hijo de la tía Pepa, aquel que fué una noche al cementerio a robarle el chaleco al padre de María Palomba.

La tía Pepa tenía gallinas en el fondo de la casa, y junto al brasero, siempre acurrucado a su lado, un hermoso gato negro.

Cuando una de las gallinas se "enculecó", la tía Pepa consiguió una docena de "verdaderos" huevos "catalanes".

Más tarde nacieron once pollitos, que iban de un lado a otro por el patio de tierra, bajo la implacable mirada de la vieja, que estudiándoles las crestas incipientes, calculaba cuántos pollos serían o no gallos.

Vigilándoles, el gato negro se regodeaba, enarcando el lomo y convirtiendo sus pupilas redondas en una oblicua raya de oro macizo.

Una mañana devoró a un pollo, estropeando a otro de un zarpazo.

Cuando la tía Pepa recogió del suelo la gallinita muerta, el gato soleándose en la cresta de la tapia, la espía con el rabo de sus ojos.

Doña Pepa no gritó. Súbitamente amontonóse en ella tanta ira que desesperada fué a sentarse junto al brasero. El coraje crepitaba en sus impulsos, pero no quería que se le escapara en inútiles voces, sino que se sumiera en su ferocidad, y cuanto más precipitado era su rencor al gato, más deseaba que se hiciera fuerte y que le apretara el pecho y que la hiciera respirar con fatiga.

Sentada junto al brasero, pasó la mañana inmóviles los ojos en las brasas.

A mediodía el gato entró en el comedor. Se deslizó prudente, atisbando el ojo gris del ama, y se detuvo a dos pies de la mesa, maullando dolorosamente.

La tía Pepa le arrojó un pedazo de carne asada.

Después que los muchachos salieron, la vieja cogió una lata vacía, en cuya tapa circular hizo varios agujeros, y la llenó hasta al mitad de agua. Preparó también ciertos alambres negros, de esos que se utilizan para atar los fardos de pasto, y llamó al gato con voz meliflua.

Se deslizó como a mediodía, prudente, desconfiando.

La tía Pepa insistía, llamándole despacio, golpeándose un muslo con la palma de la mano, alargando el brazo, haciendo chac chac con la yema de los dedos.

El gato maulló como quejándose de un desvío, luego acercóse y frotó su pelaje en la saya de la vieja. Doña Pepa se inclinó y el gato se dejó coger.

Bruscamente lo hundió en el tacho, con los alambres ató la tapa, echó más carbón en el brasero, colocó la lata encima y cogiendo la pantalla, suavemente movió "el aire" para avivar el fuego. Y sentada allí la tía Pepa pasó el tiempo escuchando los gritos del gato que se cocía vivo.

ROBERTO ARLT.

La medicina — "en esta hora trágica" — está reclamando un estratega genial que descubra una especie de 42 alemán para destruir el cáncer. Ninguna peste ha hecho tantos estragos "impunemente" como este morbo espantoso. Lo más curioso es que todos los hombres de ciencia, a pesar de toda su ciencia, se han quedado con un palmo de narices ante el avance de esta enfermedad. El cáncer se traga a la gente y se burla de la medicina y de la cirugía. Tiene más inteligencia que los médicos. Se introduce en el cuerpo humano subrepticamente como un monstruo peludo en una caverna, y ya no hay cuchillo ni rayo que lo saque o que lo parta. Lo único que se sabe es que el cáncer muere inmediatamente después de morir el que lo tiene. Pega y no recibe. Mata sin ser condenado. Hasta que no surja un Pasteur en el mundo, el cáncer seguirá gozando de su privilegiada posición y criando grasa y cuernos. Pero el día que aparezca otro Pasteur — Pasteur era el terror de los microbios; — cuando se presentó él en el terreno de las enfermedades produjo el mismo efecto de estupor entre los bacilos que cuando apareció por primera vez en los campos de batalla, la ametrallado — cuando llegue este día, decimos, ¡ay, ay del cáncer! Entonces podremos cobrarle todas las cuentas atrasadas. Así como los gobiernos ofrecen miles de pesos por la captura de un asesino que ha matado a dos o tres, podían instituir un premio mayor para el médico que inventara una trampa para cazar al cáncer y hacerlo pedazos.

En el porvenir los novelistas argentinos serán divididos por la historia en dos categorías:

- 1.ª — Novelistas que escribieron para la *Novela Semanal*.
- 2.ª — Novelistas que no escribieron para la *Novela Semanal*.

Benard Shaw vuelta a vuelta dice y escribe que es la persona más inteligente de Inglaterra. Interrogado una vez por qué insistía tanto sobre el particular, contestó

—Son tan burros estos ingleses que si yo no les dijera todos los días que soy el hombre más inteligente de este país, no lo sabrían.

EL ARTE DE LAS PREOCUPACIONES

El tiempo — anciano venerable llámole Quedo — es un elemento importante para el arte, que los más olvidanle y los menos se hacen célebres con él.

Una acción psicológica persistente es la energética obrando en un lapso mayor. Hay en esto un poema nuevo, el cerebro deslizándose en las horas. Doloroso porque el organismo y el medio hacen de barrera, se resiente de ello el sér y se transforma al mismo tiempo bajo el tirano avasallador. Es la garra de la fuerza, sobre la parte pasiva a veces venciendo heroicamente.

Ved aquellas ideas olvidadas o asimiladas de casual que os llevarán a la locura y os penetrarán en la muerte.

Un caso maestro de la persistencia es el Werther de Goethe. La literatura puede, por descripciones sucesivas de estados psicológicos especiales, darnos la imagen fiel y la emoción justa de esas atribuladas personalidades. Pero, ¿y el pintor? No obstante tiene la luz, el color, el bosque de sus amores y el azul del cielo a donde ella levantó una plegaria tantas veces. El escultor no siempre tampoco deja de ser genial en sus concepciones y en sus formas. En El Pensador de Rodín tenemos un elocuente caso de persistencia de la acción psicológica. Poema del bronce: mudo y habla. Rústico, y tan delicado como las bellas manos de Silvia Settalla de la Gioconda Dannunziana.

La persistencia engendra serenidad y esta última es de difícil consecución en el arte. Un grito, la tirada de un disco se puede expresar con más facilidad que la serena majestuosidad del apóstol mosaico, que al coloso Miguel Angel habría de hacer enteramente célebre.

La acción exterior puede ser un acto. La superficialización de las interioridades del sér son una categórica realidad complicadísima que significó lucha y agudiza en vencimiento. El laboratorio psicológico es un campo de batalla, donde las ideas más pequeñas tienen la posibilidad de tomar cuerpo y colocarse en primera fila por el razonamiento. Una idea grande puede ser menos certera que una idea pequeña. Además, hay ideas "realizadas" e ideas "propuestas". Las primeras son trofeos de guerra: aceptadas. Las segundas esperan la circunstancia que las favorezcan para entrar en posibilidad. Las realizadas pasan al sentimiento: herencia, instinto, etc. Las propuestas es el fin de la vida fisiológica: eterno presentizar.

Es un movimiento como el flujo y reflujo del mar o el elevamiento de una montaña... Son una serie interminable de movimientos peregrinos que dan la idea de la afirmación — equilibrio — porque a esa ley obedecen. El sér es un continuo, equilibrarse. Por lo tanto el

material para el artista será eterno y abundante, lógico y difícil.

¿Ignoráis vosotros que el "Moisés" es una historia completa?

Dar la justa emoción de la persistencia está reservado a unos pocos. La música no puede imitarla fácilmente, por una serie consecutiva de sonidos de segundo plano: correntada, flujo marino o un pensamiento con poder de consecución y aniquilamiento.

La llegada de Lohengrín, en el final casi del primer acto, cuando la "navicela" se ve a lo lejos, y los ánimos esperan, en un elevamiento de tono, es la acción sobre el tiempo y Wágner lo expresa maravillosamente... Cuando Lohengrín llega y la salva, también deja una tirantez amarga en ella y Elsa se pasa dos actos bordando dentro de sí la pregunta obsesionante: ¿Tú, mi querido Lohengrín, mi salvador, quién eres y de dónde vienes?

En el tercer acto Elsa estalla, su alma se sacia y la promesa del silencio rómpese, la persistencia gana en profundidad, lo que pierde de serena. Es toda la gama del dolor hasta la rebeldía... La "navicela" vuelve y Lohengrín se va...! ¡se va para siempre! Antes era la persistencia de la llegada, ahora la de la huida... Entre estas dos fundamentales acciones sobre el tiempo está aprisionada la no menos dolorosa y la más psicológicamente importante, el ansia de la sabiduría: ¿Tú quién eres, y de dónde vienes?

¿No es la humanidad preguntando a su alma — parte negativa de la vida —: ¿Tú, quién eres?, y al llegar a ella, "ella", la inexistente, ingratamente se retira?

En Lohengrín está la persistencia de toda la historia de la energía psicológico-social de la humanidad. Esclavitud, pobreza de alma y de aleance, miseria anónima, brutalidad fuerte pero contenida a fuerza de látigo y de hambre. Lohengrín de Wágner, bien mirado, es una revolución historicista. Hugo ya lo dijo: "La calma es la tenaza del verdugo". Lohengrín es una obra que está trabajada con elementos más difíciles, los ascendientes psicológicos de la humanidad. El deseo insatisfecho de llegar a la verdad primera dantesca.

El reverso está en el Moisés del escultor de Capreza, persistencia del profeta cual en el Lucas del Trabajo zoliano. Hay un mundo mejor, humanidad, que no lo conoces; toma las tablas y marcha hacia él.

El tedio persistente del frío de las sombras encuentra su prototipo cumbre en Osvaldo de Espectros y su genio en Ibsen. El sol ausente pedimos porque somos hijos de él y él se esconde detrás de las cimas nevadas. ¿Os figuráis un pintor sin su sol, falto de su cabellera de fuego?

Descubrimos una segunda lucha. Osvaldo fisiológicamente no desea el sol: es noruego. Pero, precisamente, se destaca nítida la lucha entre el cuerpo y el espíritu. Sus sentimientos hacia la luz despiértanse estando en París. Y la persistencia psicológica batalla entre las sombras de su sistema y la luminosidad de sus deseos inconquistables debido a su morbosa suficiencia de visión moral. Es un potente minado substantivamente. Una desconcertada danza en el reino de las ideas, insuficiencia en la materialización de los deseos y el dolor de la conciencia casi cristalina. Cuando suponemos claridad en la conciencia creamos dolor en el sér. Hay inarmonías en el libre juego cerebral. Osvaldo siente el peso de su cuerpo.

Yo me retuerzo y me transporto con sólo recordarlo al tétrico funeral del alma osvaldiana. Y aquella nieve la sentimos infiltrarse gota a gota dentro nuestro corazón como una aguja de acero milagrosamente inhumana. Es la mezclada persistencia del sol que no huye del todo y de la nieve que se caecina.

Ahora bien: una acción brusca, limitada, puede encerrar en sí, como apiñado grumo, más ideas o deducciones que las obras clasificadas de "morales" o "psicológicas". Podríamos decir que poseen el encanto de la sintetización expresiva. Generalmente los actos reflejos son accidentes en la vida del sér. Las preocupaciones lo transforman y tienen la belleza de la adaptación al medio o de la rebeldía hacia él. La adaptación nos da las mediocridades, la disconformidad al ateo y al sociólogo.

Además ya tendremos oportunidad de sostener que la sintetización, matemáticamente hablando, es una mentira burda. Puede sí el error pasajero sugerir una obra hermosa, plástica, realista; pero, ¿y los estados posteriores al terror, si ha permanecido viviendo su enseñanza en el cerebro, perdida, diluida en el maravilloso engranaje de la gris?

El acto transeunte puede contenernos todo como un rayo toda la cólera del cielo, pero la acción psicológica nos descubre como sér racional, dialogante con lo que llevamos dentro para responsabilizarnos ante la vida que pasa...

¿Qué originalmente bello el artista que esculpiera al hombre en el preciso momento que meditara si debe encolerizarse ante la bofetada del enemigo?

Zola casi lo realiza en neas, cuando el niño le tira la piedra y la muchedumbre lo llena de injustas vociferaciones amargas.

Los griegos han sido grandes en la perfección de la forma. Nobles en la línea. Impecables por la relatividad de sus conocimientos anatómicos. Pero les falta algo; algo grande que es el todo de una obra de arte.

Supongamos una cosa que tuviere la misma constitución que otra, física y orgánica, y será igual psicológicamente. A veces son expresivos los clásicos porque fueron justos en su forma. Reales en el dibujo. El que pintara un atribo-

lado moral, con exactitud, sin conocerlo como caso de neurosis, dará esa sensación precisa, no podrá dar otra. Lo difícil es determinarse a ello sin eludicar de nuestras ideas. No hay nada más tráfuga que un artista indefinido.

Tendremos en cuenta que la acción sobre el tiempo no implica serenidad de fakir. Al contrario, lucha, indescanso. Después que el cerebro realiza el acto viene inevitablemente el deseo de reposo, por la cruel prolongación en el afianzamiento de las ideas. Matizar la obra es arrancarle al sér moral hasta los ínfimos detalles y hacerlos fluír de las llemas del artista, como pan que se da al hambriento...

En el paisaje generalmente, seamos francos, se cobijan los mercenarios, los incapaces. Si son grandes paisajistas es porque viven una hermosa vida interior y la trasuntan en los lienzos. No es el cuadro lo que nos interesa, sino la emoción del artista en la naturaleza. Es la objetivación de lo objetivo subjetivado. Darwin, en su famosa ley, fué realmente objetivo; Millet, en "El Angelus", es virtualmente subjetivo. Claro está que siendo grandes como artistas serán grandes como tema de sus obras. Los artistas son niños que creen robar al modelo y se violan a sí mismo.

Los que van al tranquilo silencio de la naturaleza a beber el agua para su sed, en realidad no se sacian: se buscan a media voz... Sólo si tienen algo de artista se dan como obras y se entregan así cual prostitutas...

El artista de la persistencia se elabora en múltiples modelos y se superioriza; aquellos de vida concentrada tienen siempre el mismo motivo, las mismas ideas, las idénticas preocupaciones. Parecería que su norte es buscar un equilibrio sentimental interno. Serán alegres o tristes. Grandes o pequeños de alma. Coléricos o bastardos. Rebeldes o acomodaticios, pero siempre místicos y al pagarse de sí, dolorosamente burlones de la humanidad que les rodea.

Las obras de arte más universales — incluso las de tamaño pequeño — son precisamente porque el artista transporta una acción obrando en un lapso de tiempo mayor.

Claro está que las gradaciones tienen un hol importante. Un grito prolongado no equivale a un vistazo. Como la atención tiene en sí más poder de persistencia que el terror pasajero. Una gama de escalas inmensas espera a la inteligencia artística, que malógrase innecesariamente en la copia de obras lejanas o en decadencia visible.

Todo lo hasta aquí dicho no tendría valor si no sostuviéramos que en la meditación moral de los seres tendrán los artistas una especie de sociología de la preocupación. Las relaciones de los seres nos interesa y no es otra cosa el valor real de la persistencia que el esfuerzo del hombre por la mejor solución de sus problemas vitales.

Arte en sí, arte por el arte, son hueras continuaciones de la sintaxis.

Vuestro silencio me confunde, me inquieta, subleva, indigna...

Es una tontería y una hipocresía sin par, este sacrificio de los ministros, de un diez por ciento de sus sueldos. Cada uno de los ministros podría y estaría dispuesto a pagar mucho, pero mucho (de sus enormes ganancias bancarias o fabriles), para conservar la cartera ministerial que tantas y tantas ventajas rinde, que tantas puertas abre y tantas relaciones valiosas aporta. Pero nos consta de fuente fidedigna que esta demostración baratísima de los ministros servirá de pretexto para la *disminución del salario en toda una serie de industrias inglesas*. Esto ya lo saben los obreros y el anuncio del "sacrificio" de los ministros lo han recibido como un rudo golpe.

—¿Sabéis todo esto, santidad? ¿Comprendéis que abris una nueva era de estrangulación de la clase trabajadora? Vuestra santidad, claro está, dirige a toda la Inglaterra, sin distinción de clases, al cielo. Mas os aseguro — apuesto... mi sombrero, si queréis — que vuestros desvelos por las almas de los ingleses llevarán al cielo en un plazo muy breve a unos 10 millones de trabajadores, mucho más rápidamente que a los 10 ministros-capitalistas. Por la sencilla causa: se dice que en el cielo no dan de comer ni de beber...

Y vos, dignatario de la iglesia, ¿no tenéis vergüenza de meteros en un asunto tan poco limpio como privar de pan a trabajadores honrados? Levantáis los ojos al cielo, los bajáis, y véis lágrimas escotadas y os regocijáis con el fruto de vuestra prédica. Y no véis que vuestros éxitos son mucho más amplios, pues a las lágrimas escotadas siguen las lágrimas de millones de madres proletarias que se ven obligadas a "abstenerse" de dar un poco más de leche a sus hijitos.

¿Y seguís guardando silencio? ¡Ole! ¡Ole!
¡Vuestra santi...!

¿Os calláis?... Y bien, cuelgo el tubo...

MIJAIL KOLTZOV.

(Pravda, del 21|10|25).

Tu piensas corto y escribes largo... Te faltan ideas, pero te sobran palabras. Y esto es malo. Malo, malo... Sobre todo para los linotipistas.

Los jurados literarios por lo regular son instrumentos de las compañías de seguro. Siempre figuran en ellos concejales que votan a otros concejales. O amigos que votan a sus amigos. A veces resulta una redoblona política, a veces una redoblona de familia. Lo menos que se tiene en cuenta con el fallo es el mérito intrínseco de una obra. En vez de presentarse con un buen libro, hay que presentarse con un buen padrino. A pesar de todo, existen hombres concientes que no se dejan sobornar por nadie: Juan Torrendell, por ejemplo.

Quisiéramos saber cómo se va a expedir el jurado nacional con respecto a las obras del año pasado, sobre las cuales no ha fallado aún. Esta medida nos parece una medida derrotista para el gremio famélico de los literatos. No hay profesión más mal remunerada que la nuestra. Vale más que ese dinero del gobierno (mejor: del pueblo) vaya a parar al bolsillo del último de los últimos poetas o folicularios, que no vaya a parar al bolsillo de los langosteros, que es lo que ocurriría si se declarase algún premio de...

E N D Ó L O G O

Ayer quise con secreta
dicha trocada en congoja,
conceiliar la paradoja
de un Sancho Panza poeta.

Y disfrazando mi aspecto
sentimental con empeño,
hundí castillos de ensueño
como un burgués circunspecto.

Prosifiqué en alta dosis
mis versos más subjetivos
y todos mis adjetivos
sudaron tuberculosis.

Tuvo entonces mi poesía
sones de yunque y martillo
y mi corazón sencillo
zozobró en su algarabía.

Pero llegué al ecuador
de mi brava adolescencia
y me salvó la presencia
luminosa del dolor.

Agitando el agua quieta
del corazón más lejano
cual lo dictaba mi sano
egoísmo de poeta,

Con mayor intensidad
aprendí a mirar la vida
y anhelé que por mi herida
sangrara la humanidad.

Colofón

He de contemplar así,
adiestrado en el dolor,
con un sentido mejor
el mundo a través de mí.

C E S A R T I E M P O



LA CRITICA DE ARTE EN BUENOS AIRES

Por M. MASCARENHAS

Existe en Buenos Aires una especie de intelectuales que se valen de la obra de los demás para hacer literatura. Se especializan en la crítica de arte. Son nefastos. Malogran la carrera de artistas excelentemente dotados con sus artículos pródigos en adjetivos elogiosos, en los cuales sólo se preocupan de despertar la admiración del público y de hacer una literatura barata y detonante. El objeto de sus críticas, desaparece apenas comenzado el artículo para ocupar ellos su lugar, para convertirse en el centro alrededor del cual giran todas las pavadas, todas las tonterías y todas las estupideces que un desmedido afán de figurar y de llamar la atención los hace escribir.

Veamos un caso.

Lugones hace años, en una de las exposiciones que realiza la Sociedad de Acuarelistas, pastelistas, etc., tuvo oportunidad de ver por primera vez unos cuantos trabajos de Alfredo Gramajo Gutiérrez, que mostraban escenas de la vida miserable y "rasposa" del Norte argentino. Eran muy originales, muy interesantes esos trabajos. Por primera vez en Buenos Aires aparecía un joven en cuya obra inicial, llena de imperfecciones técnicas, había una gran promesa. Hasta ahora, a pesar del tiempo transcurrido, la promesa no se ha cumplido; un artículo, a cuatro columnas, publicado en la página de editoriales de "La Nación", escrito por Lugones, en el que elevó a Gramajo Gutiérrez a una altura enorme y en el que hizo derroche de habilidad literaria, impidieron que Gramajo Gutiérrez siguiera estudiando y perfeccionándose.

Gramajo Gutiérrez se mareó; lo marearon todos los adjetivos que le "asestó" Lugones; creyó que le bastaba con lo que sabía, y se estabilizó. ¿Qué más necesitaba, después de haber sido elogiado de tan desmedida manera por el intelectual más prestigioso y respetado del país, en un diario de la importancia e influencia de "La Nación"?... De golpe y porrazo se realizaban sus aspiraciones gloriosas. Lugones, después de su fatal artículo, no tocó más el asunto; andaba demasiado preocupado entonces, tratando de ser poeta.

Fernán Félix de Amador y Ricardo Gutiérrez fueron sus sucesores. Un libro podría hacerse de todo lo que escribieron con el pretexto de la obra de Gramajo. Un libro en el cual poco sabríamos de la realidad artística del pintor, pero sí mucho de un Norte argentino creado por la ardorosa imaginación de estos simpáticos rimadores. Gramajo Gutiérrez se mareó de una manera completa y lo más lamentable es que posiblemente no se "desmareará" más.

Por culpa de un "intelectual" y dos "intelectuales" más, inconscientes o inescrupulosos, se ha malogrado al artista, quizás mejor dotado de todos los que conocemos en la Argentina.

La obra inicial de Gramajo Gutiérrez merecía elogios; esto es indiscutible; pero era necesario que esos elogios no fueran desmedidos, pues existía el peligro del "mareo" que por desgracia ocurrió. Lo lógico, lo práctico, era elogiar con cautela, para alentar, señalando o tratando de

señalar todos los defectos de la obra; se imponía un estudio concienzudo y sereno, no un artículo kilométrico en el cual la personalidad literaria del escritor se imponía sobre todo; un artículo hecho con la única finalidad de llamar la atención y despertar la admiración de unos cuantos "zanagorias".

Apenas publicado el artículo de marras, apareció otro, no recuerdo si en "La Prensa" o en "El Hogar", de José León Pagano, que era la antítesis del de Lugones. Pagano, impulsado tal vez, por causas debidas a rivalidad profesional y por su veneno de pintor fracasado, escribió pestes sobre Gramajo; lo negó rotundamente. Se fué al extremo opuesto en que se había colocado Lugones. No vió o no quiso ver, las buenas cualidades que existían en Gramajo; al revés de Lugones, vió sólo lo malo e hizo literatura como el otro; escribir para asombrar a su público y llamar la atención de las gentes al ponerse frente a frente a una personalidad como la de Lugones. Fué evidente eso, y Gramajo se sintió más grande y más seguro; su obra daba lugar a una lucha entre dos potencias, dentro de los círculos intelectuales del país, se entiende. Lugones y Pagano tuvieron continuadores. Apenas callados ellos, las voces de unos cuantos intelectuales pertenecientes a las dos tendencias, se dejaron oír. Ninguno supo hacer crítica sana; verdadera crítica.

Los unos veían sólo lo bueno; los otros sólo lo malo. Ninguno alabó lo bueno, censuró lo malo e indicó el medio para remediar lo malo. A ninguno se le ocurrió decirle a Gramajo Gutiérrez, que tenía mucho talento, pero que era necesario estudiar, perfeccionar sus imperfectos medios de expresión. En realidad, a ellos muy poco les interesaba la obra del artista; sólo veían en el asunto un recurso más para ponerse en evidencia. El perjudicado fué Gramajo Gutiérrez; por lo menos su carrera está enormemente atrasada; sólo un gran esfuerzo que lo haga reaccionar puede salvarlo. En el tiempo transcurrido entre el día que el artículo de Lugones se publicó y el actual, pudo Gramajo haber progresado mucho, si hubiera estudiado. Le hicieron creer que ya lo sabía todo o que con lo que sabía le bastaba; lo engañaron y lo siguen engañando; no sé si consciente o inconscientemente. El caso es que lo "engrupen". Creo, estoy firmemente convencido que Gramajo Gutiérrez es un artista de vanguardia; lo malo es que él no lo sabe; por eso se lo digo. Gramajo está con nosotros; su obra responde en casi todo a las tendencias más modernas; le falta ese gran afán de perfección que anima a los artistas de ahora y que existía en él cuando comenzó a pintar. Lugones, Pagano, Amador y Gutiérrez adormecieron o destruyeron ese afán. ¡Ojalá hubiera ocurrido sólo lo primero!

EXPOSICION PALMAROLA

El señor Palmarola expone en el más concurrido y solicitado de todos nuestros salones de arte; el alquiler de esas salas es pagado por

los artistas a precio de oro. He dicho artistas y he dicho mal. Salvo los cuadros de verdaderos pintores traídos por hábiles "revendedores", sólo se ha expuesto allí cuadros de individuos que tienen más desarrollado el sentido práctico que el sentido artístico. Se expone en el Witcomb, porque en el Witcomb se vende y en el Witcomb expone todo aquel que pueda "formar" con la "moneda" que se le exige. La calidad interesa poco, nada. Si hay plata aunque no exista talento, hay exposición; si no hay plata, aunque el talento sea grande, no hay exposición. Me parece muy bien; me parece muy bien dentro de la capacidad burguesa de los dueños. Pretender que procedan como es debido, con la justicia y altura de miras dignas del caso, es absurdo. Si los dueños fueran capaces de albergar en sus cerebros tales sentimientos, se hubieran fundido; les habría fracasado el negocio. Tienen éxito, sencillamente, perogrullescamente, porque son como son. Bien.

El señor Palmarola no podía haber expuesto en otra parte. La armonía existe entre las cosas más viles. Fatalmente, por su talento, por su sentido práctico, etc., etc., el señor Palmarola tenía que exponer en el Witcomb. Un pintor capaz de endilgar al público un catálogo como el que endigó, tiene que exponer en el Witcomb. Por el catálogo, sin necesidad de ver la obra, se lo puede juzgar al señor Palmarola. Es malo; rematadamente malo. Aquí debía concluir mi comentario, pero como me gusta probar siempre o dar explicaciones sobre mis afirmaciones, me voy a ocupar un poco de esos cuadros.

Apenas hemos mirado algunos, nos acordamos de Romero de Torres. Una "variación" sobre Romero de Torres. Las mismas mujeres "onánicas" e invertidas. Mujeres que probablemente no existen en los modelos, pero que el pintor, impulsado por su "ardorosa imaginación", ha creado. Mujeres de ojeras estupendas, miradas lascivas, de gozadoras. Los senos bien marcados; se "ven", a pesar del vestido; manos de dedos afilados, rojos en las uñas. Moralmente, el arte de Palmarola, como el de Romero de Torres, es decadente. Conseguid que la mayoría de esos "falastrinos" que pasan sus noches entre milongas y "garufas" de cotorro, aprendan a pintar, y pintarán lo mismo.

Técnicamente todo es convencional; no hay nada; un poco de habilidad y listo; el valor plástico de esos cuadros es nulo; en este sentido vale infinitamente más Romero de Torres. Conoce el oficio en el sentido manual; eso es fácil; cualquier individuo de mediocre inteligencia que se someta a un estudio metódico y disciplinado, logra al cabo de un tiempo dibujar y pintar de manera que agrada y satisfará siempre al público de la casa Witcomb. Tal es la pintura del señor Palmarola. Subjetivamente nos expresa sus ardores sexuales; plásticamente no expresa nada, porque no siente ni ve la plasticidad de las cosas. Las caras de esas mujeres que pinta deben ser colosales de color; las sombras y los volúmenes serán maravillas de suavidad y delicadeza; plásticamente serán estupendas; pero sólo un verdadero plástico puede expresar eso; otro, el señor Palmarola, no puede ver esas cosas porque en realidad el pintor no existe en él. Sólo existe un hombre anormal; un hombre de una gran sensibilidad sexual. El arte del señor Palmarola agrada mucho a las "pebetas" insatisfechas que concurren a nuestros salones de arte, y a través de sus cuadros, al macho que podría hacerlas pasar momentos inol-

vidables de placeres refinados.

Agradará a esos hombres (la mayoría) que en las horas silenciosas de la noche, hartos de placeres naturales, sueñan en brazos de Onan, con mujeres extraordinarias de sexualidad; precisarán esas mujeres de los cuadros de Palmarola. En una palabra: los cuadros del señor Palmarola, son cuadros de "cotorro".

ALGO SOBRE UNA CRITICA DE ARTE

De "La Prensa"

En el suplemento literario de "La Prensa" del domingo ppdo., se publicó un elogio al pintor Siciliano. Tres grabados lo ilustraban; dos reproducían paisajes inéditos y el otro un retrato del artista. ¿Cuál puede ser la razón de este bombo? ¿La amistad? ¿O tal vez el crítico cree en el valor de la obra de Siciliano?... No es posible creer que un hombre de, siquiera, mediana inteligencia elogie la labor pésima de un mal artista; prácticamente no le conviene. Debemos descartar el factor amistad. Lo único que se puede aceptar es que el crítico cree en la bondad de la obra. Además, Siciliano es muy pobre; apenas gana lo suficiente para vivir y poder "compadrear" unos pesitos en telas y colores.

¿Qué es lo que ha visto de bueno el crítico en los paisajes de Siciliano? Habla de días grises, de la sensibilidad del artista; de su emoción ante los paisajes suburbanos; elogia su tenacidad en la lucha por conquistar un puesto destacado en el Salón; alaba su constancia, su fe, en una palabra: Siciliano resulta un pretexto para hacer literatura.

Plásticamente, ¿qué hay de bueno en la obra de Siciliano? Nada. ¿Emotivamente? Poco. La emoción que prodiga todas las semanas "El Alma que Canta"; esa emoción barata al alcance de todas las sensibilidades.

¿Cómo es posible que un pintor de tales méritos sea motivo para que "La Prensa" trate de consagrarlo como bueno? Yo no pretendo que "La Prensa" elogie a Picasso ni a ningún artista de vanguardia. Eso sería lo mismo que pedir peras al olmo. Eso sería ir contra sus principios, principios conservadores; pero lo que se puede pedir, lo que se debe exigir, es, que cuando elogie a un artista sea éste bueno por lo menos dentro del arte aceptado y tolerado por los conservadores, y aunque no fuera bueno del todo, discreto nada más.

Siciliano es malo dentro del ideal de arte tolerado por los conservadores. Trata de hacer lo que han hecho otros argentinos mediocres que siguen las huellas de los impresionistas. Los días de sol de Siciliano son estupendos, porque le salen grises; todo le sale gris, y a veces, cuando realmente pinta días grises, hace algo pasable. Siciliano, para obtener cierta armonía en el cuadro y cierto equilibrio, para que no sea desagradable a la vista del espectador, lo esfuma todo. Siciliano no siente el color; no sabe dibujar; técnicamente lo único que ha aprendido a hacer es esfumar.

¿Qué puede entender de pintura un crítico que elogia a tal pintor? Nada. ¿Cómo es posible que la dirección de "La Prensa" permita tales cosas?

Un consejo, señor director de "La Prensa": Suprima la crítica de arte en su diario; en boca cerrada no entran moscas.

APOSTILLAS A LA VIDA LITERARIA

POR

LUIS RICARDO VISCONTI

JOSE INGENIEROS

Con la muerte del doctor José Ingenieros piérase la más sólida mentalidad de este país, cuyo talento vastísimo abarcaba, con profunda claridad, las más diversas facetas del pensamiento humano. La cultura nacional, la juventud estudiosa, las masas proletarias, la ciencia y las letras, contemplan hoy en sus filas un claro irreparable.

Desde esta sección de LOS PENSADORES queremos rendir así, sencillamente nuestro homenaje a Ingenieros, cuyo prematuro fallecimiento tan lamentado ha sido en esta casa — ligada a él por múltiples afinidades intelectuales — prometiendo, al mismo tiempo, ocuparnos, en próximos trabajos, de la labor literaria que desarrollara el insigne sociólogo desaparecido.

ADELANTO CULTURAL DE RUSIA

Para quienes miramos con esperanza al Oriente, es una verdadera satisfacción la lectura del siguiente breve telegrama publicado — hagámoslo notar — por la prensa burguesa de este país, prensa que, como es sabido, no peca de amistad hacia la tierra de Lenin:

“En Rusia disminuye el analfabetismo. — La proporción de los analfabetos en Rusia ha sido reducida del 777 por mil, en 1914, a 500 por mil, en la actualidad. Entre la enorme cantidad de material de lectura que circula hoy en toda la Rusia del soviét, predomina la demanda de obras científicas. Se acuerda preferencia a los libros sobre economía política y sociología, como asimismo a los de química, astronomía y biología”.

Sobran comentarios al jugoso contenido del transcripto telegrama.

LEONIDAS BARLETTA

(Breve glosa a un juicio crítico)

El suplemento dominical del diario “La Razón” publica una sección de crítica bibliográfica. Esto no tiene nada de particular. Ya sabemos el valor que se les puede conceder, en la inmensa mayoría de los casos, a la crítica y a los críticos que soportamos en este país. En la sección mentada suelen analizarse las obras con exclusivista criterio burgués. Vale decir: con criterio injusto y unilateral. Es lo que ha sucedido con el comentario a “Los Pobres”, el último libro de Barletta. Diremos ante todo que “Los Pobres” es, en nuestra opinión, la mejor de las obras que ha publicado Leonidas Barletta, hasta el presente, si bien no será la mejor de su producción total, pues ha de dar, estamos seguros, mucho y bueno. No puede esperarse otra cosa de un escritor joven y talentoso como el que nos ocupa. Pero nuestro juicio sobre Barletta y su reciente libro, no interesa en este instante. Queremos ahora únicamente

glosar con brevedad algunos de los conceptos vertidos en la referida acotación a “Los Pobres”, libro éste que, por su esencia, también pudo intitularse “Pueblo”.

Se dice ahí que “Parece estar en boga entre cierto jaez de escritores el describir sujetos anormales, y evocar escenas en que priman el vicio y el crimen, el odio y la locura”. Al mentado “cierto jaez de escritores”, perteneció, recordémoslo, un señor que firmaba Emilio Zola, al que quizá haya oído nombrar, en alguna ocasión, el original autor del anónimo suelto aludido... (La función de la crítica es, generalmente, mala. Si anónima, dos veces mala). Por otra parte, observemos, la referida obra de Barletta es absolutamente moral, aun dentro de lo que por moral entiende cierta gente. Decir lo contrario, significa, sencillamente, no haberla leído. Además, Barletta no se complace en describir sólo sujetos viciosos, tarados, anormales. El autor de “Los Pobres” sabe hacer estudios de psicología individual verdaderamente notables. Y si pinta — nunca como ahora cuadra este verbo — tristes escenas penosas e infelices seres atormentados, es porque los ve. Porque existen. Desespera pensarlos, pero es así. Si la realidad fuera otra, alegre y risueña, así la describiría. Pero él la ve de otro modo y de otro modo la pinta. Y tiene razón. Barletta es un escritor inspirado y de sentimientos que sabe mirar el espíritu del pueblo — del verdadero pueblo: el oprimido, el triste, el maldito — y sabe contemplar sus múltiples angustias lacerantes, y dolerse en su dolor, y sufrir con él transmitiendo al lector ese mismo sufrimiento. Barletta, como todos los escritores del dolor social, ha dedicado lo mejor de su vida — su arte — a narrar la tragedia colosal de las multitudes desgarradas, heridas torturadas, y a estudiar y describir la infinita desesperación de los humildes que, azotados con todos los males de la tierra, tienen sólo un consuelo: maldecir, y una sola esperanza: morir... Pero todo esto, que es la verdad monstruosa y palpitante, no les agrada a los críticos capitalizados. Estos críticos están carcomidos por la espantosa cursilería del ambiente, y son lacayos babosos del capitalismo. Por eso huyen de la verdad y son enemigos irreconciliables del realismo. En cambio, aplauden la imbecilidad abominable y la criminal apatía de casi todos los intelectualoides nacionales, que son ciegos y sordos para todo lo que no sea su estúpida fantasía de hombres declinantes. Aquí no hay literatura. El título de nuestra sección se refiere a las letras universales. La vida literaria de este país debía salir en la crónica policial... Hablar de literatura argentina es un disparate. Es como hablar de cultura facista o de justicia burguesa... La inmensa mayoría de los literatos de aquí son monigotes, sin corazón ni cerebro, que viven admirando sus necias piruetas. Cantan a la luna o a la primavera o se cantan a ellos

mismos, y en su infame egolatría no sienten el hedor formidable de la prodedumbre social.

Hay hambre, hay injusticia, hay miseria, hay penas, hay lepra moral que es peor que la lepra física; hay mil lacras repugnantes que pesan como piedras sobre las espaldas ulceradas de la multitud. Los escritores capitalizados lo sospechan a veces. En "La Razón" y en los diarios burgueses lo saben bien. Pero no lo dicen. Lo disimulan. Lo callan. Lo ocultan. Barletta y los escritores renovadores de la izquierda tienen, por el contrario, el valor de decirlo. ¡De gritarlo! ¡De qué lado está la justicia?

En algo se halla en lo cierto el autor del artícuillo comentado: al decir que esta nueva literatura es revolucionaria. No lo negamos. Lo es, en efecto. Sana, bella y orgullosamente revolucionaria. Al mostrar al desnudo la miseria torturante de la muchedumbre oprimida, aun sin incitar directamente a la revolución, resulta revolucionaria. Enciende la rebeldía en los corazones y hace la revolución espiritual, que es prolegomenal de la otra. Esta es la tarea renovadora que realiza Barletta y realizamos nosotros, en la medida de nuestras fuerzas, los que estamos con él, al lado de la masa proletaria y al lado de los verdaderos intelectuales. La lucha de clases se ha extendido a la literatura y el arte. La batalla libertaria ha comenzado ya en el terreno espiritual. La nueva literatura, cultivada por los intelectuales de la izquierda, es, pues — mal que les pese a los otros — una llamarada incendiaria en el campo de la estulticia ambiente.

MARCELO PEYRET

Ha fallecido hace algún tiempo el señor Marcelo Peyret, y los periódicos capitalistas—que guardan entre sí una rara solidaridad— se han han dedicado a cantarle loas fuera de tono. La muerte de un hombre no es motivo suficiente para elogiarlo... Y en el caso de los elogios al señor Peyret, no encontramos francamente otros motivos.

Es posible que Peyret, en un medio propicio, hubiera sido un buen escritor. Pero su producción fué absorbida por cierta empresa atenta sólo al lucro, que vive a costa de los infelices que no tienen vergüenza de leer sus revistas. Marcelo Peyret, pues, dedicóse al género que se ha dado en llamar de "novelas semanales"—que merece, en verdad, un nombre más fuerte— y en ese desdichado género produjo algunas obras francamente condenables, con principalidad algunas de ellas, que invaden el censurable terreno pornográfico. Obligado quizá por las circunstancias, Peyret adoptó un rumbo que — en esto estamos todos de acuerdo — no es el más apropiado para consagrar a un escritor.

PERLERIA

En el número 178 de "Para Tí" — una revista que ejerce el pontificado máximo de la necedad — una señora o señorita Matilde Vélez Palacios se siente Vigil y lanza impunemente en insoportable tono evangélico, tres o cuatro resabidas tonterías, que ella disfraza bajo el inocente título de "Pensamientos". Tengamos un poco de valor y veamos estos pensamientos... Es posible que el lector sea capaz de señalar algunos de esos "figos del famoso Perogrullo":

"Siempre hay tiempo en la vida para cambiar la ruta mala por la buena".

"Regenerarse es nacer de nuevo".

"No esperéis nada de nadie más que en vuestro propio esfuerzo".

Etc., etc.

Si estas pavaditas, que los antecesores de Mari-Castaña tenían por verdades infalibles, aparecieran firmadas por Juancito Pérez, alumno de segundo grado de cualquier escuela elemental, o por Constancio Vigil, en quien estas cosas a nadie sorprenden, nos resultarían siquiera tolerables; pero que se haga responsable de ellas una señora en trance de hacer literatura evangélica, nos parece antiestético y fuera de lugar. Conviene hacer notar, además, que estos evangelizadores espiritistas son como ciertos predicadores, partidarios del "haz como yo digo, mas no como yo hago"... Así esta señora nos dice, a los comunes y despreocupados pecadores, en una de sus sabias máximas: "Nunca se repetirá bastante: pensad antes de hablar. Volvedlo a pensar aún. Posiblemente no digáis nada y quizá sea lo mejor". Si esa señora o señorita Vélez fuese sincera, hubiera pensado un poco antes de amenazarnos con esa sabiduría barata, y puede que, teniendo en cuenta esta verdad profunda: "Posiblemente no digáis nada y quizá sea lo mejor", hubiera dejado la pluma y tomado, en cambio, la femina aguja...

Dejemos, compañero lector, la elevada e incomprendible teosofía, a los sofisticos charlatanes que embaucan a nuestra aristocracia ganadera. (Nuestra aristocracia es, como se sabe, por su origen, eminentemente ganadera. La llamada alta sociedad despiende un desagradable tufo a ganado vacuno... Nuestros jóvenes inútiles, cocainómanos y degenerados, son ganaderos. Nuestras — es un decir — niñas aristocráticas, aunque no les guste, también son ganaderas. Si los toros y vacas no se vendieran a miles de pesos, esos mozalbetes corrompidos se morirían de hambre o concluirían en la cárcel, y en cuanto a ellas... ya sabemos cuál sería su fin). Disgresión aparte, vamos al rudo terreno comercial, reino sombrío de Don Dinero.

La empresa capitalista — no lo decimos como insulto—del Ferrocarril Sud edita una gran publicación — 96 páginas — en la que se arrojan a puñados avisos y disparates. Más disparates que avisos. La "recomendamos" a "Pescatore di Perle". Por ejemplo, en el número 4, dícese en grandes letras: "La empresa del Ferrocarril del Sud cuenta con un elenco de empleados", etc. El vocablo "elenco", en el indicado sentido, es un barbarismo del tamaño de la estación Constitución, y débese reemplazar por personal, corporación, cuerpo o cualquier otro similar. Significa todo esto que los ferrocarriles, no contentos con atentar contra los intereses del pueblo, se han dedicado a atentar también contra el idioma y la gramática...

En un número reciente de la revista "El Hogar", una persona — no dudamos que sea una persona — que firma Augusto Lafinur Ponferrada, dedica una extensa página a hablar de "Propósitos de elegancia masculina". Esos "Propósitos" tienen que ser una imbecilidad.

LAS NUEVAS COSTUMBRES Y FORMAS DE VIDA EN LA UNIÓN SOVIÉTICA

Como muy bien lo define Lunacharsky, "la revolución se realiza en un instante dado, que se podría precisar de antemano. Mas la obra constructiva, la labor de transformación de la vida sobre nuevas bases, ya se lleva a cabo por la nueva clase dominante: la clase asalariada".

Si bien es cierto que la preparación de una revolución requiere cierto tiempo, que el proceso prerrevolucionario es a veces lento, la revolución en sí es obra de momentos.

Lo difícil y complejo es la transformación de las costumbres arraigadas y la renovación de las formas de vida del pueblo.

El régimen comunista que tiende a convertir toda actividad humana en una forma colectiva, donde los intereses generales priman sobre los in-

No hemos tenido tiempo ni valor para leerlos, pero estamos seguros de ello. Basta ver el título. Para hablar de elegancia masculina, como lo hace Ponferrada, hay que ser muy negado. En realidad, escribir sobre elegancia masculina, en el país en que muchos seres no tienen un mal harapo para cubrir su desnudez, no es una imbecilidad. Es algo peor. Es una crueldad y un atrevimiento.

Hay hombres que visten con arpilleras y otros que llevan el mismo traje, continuamente, durante diez años. Algunos se mueren de frío en invierno y muchos han perdido la esperanza de cambiarse la ropa en su vida... Esta es la agria realidad. Se podría escribir una lúgubre filosofía del vestido y arrojarla al rostro de la burguesía criminal. Ahora bien: hablar de elegancia masculina es un cínico insulto a la santa mugre harapienta de las turbas oprimidas. ¡A esa mugre que es la marca infamante de la enorme injusticia social!

En el diario "La Razón" suelen aparecer unos articulillos, bajo el título general de "Como está el mundo". Esos comentarios de "Como está el mundo" han merecido ya, en diversas publicaciones, severas críticas reprobatorias, entre ellas una en un número de esta misma Revista, en la sección "Al margen", bajo el muy sugestivo título de "Destilería de veneno contra Rusia". Es, pues, inútil que insistamos en preocuparnos por la referida sección "Como está el mundo", hecha anónimamente, desde la que se grita, ridícula y desesperadamente, contra Rusia y el comunismo, logrando sólo demostrar la amarga bilis y el temor burgués de quien escribe esos rabiosos artículos, sin tener el valor de firmarlos.

Nosotros deseamos únicamente advertir que desde un periódico difundido se hace diariamente cátedra de incultura; que se emplea allí un lenguaje bajo, indigno y grosero; que se falta, en forma lamentable, a la más elemental educación; que se osa insultar, no a personas determinadas, ni siquiera a ciertas creencias, sino a una nación entera.

Y precisamente, a la nación que ha encendido la antorcha libertaria y sirve al mundo en el siglo XX — la Historia lo registrará — de genial paradigma luminoso.

dividuales, ya que las premisas para ello radican en la fábrica (forma de colaboración colectiva por excelencia) se ve obligado a romper todos los moldes de lo existente, comenzando por la familia, constituida actualmente sobre una base individual, la más sórdida que se conoce. Así se debe enseñar al hijo que no es propiedad única y absoluta de sus padres, los que pueden disponer de él a su gusto y paladar.

Y aquí empieza la tragedia, el naufragio de todo el régimen, que cual un barco desmantelado, da tumbos y se hunde poco a poco, a pesar de la resistencia y lamentos de sus moradores. Y nada sirve tanto para crear la nueva fuerza de vida infantil que las organizaciones de "pioneros" y la escuela única. El niño aprende desde temprana edad a sacrificar sus caprichos y ambiciones en aras del destacamento. Y no se debe caer en la desesperación por nuestra "individualidad", por nuestro propio "yo". No. Dentro de un conjunto, el individuo demuestra más iniciativa, manifiesta más aún sus dotes personales, pues hay más incentivo para ello.

Y dado que los niños, en general, sienten más todo lo arbitrario, todo lo injusto, se sienten impelidos a reaccionar contra todo atropello. Pero, antiguamente la familia, la iglesia, la escuela, frenaban estos nobles sentimientos, calificándoles de ariscos. En la Unión Soviética hay un medio muy eficaz de expresar la indignación: la prensa. ¿Que es difícil de hacerlo para un niño? De ninguna manera, pues hay una "stengaceta" (diario de pared), donde se puede fácilmente expresar el propio pensamiento.

Especial atención se dedica a la juventud, la que por su temperamento ardoroso y exuberante, como también por su poca experiencia, puede desviarse fácilmente de la senda revolucionaria. Los métodos de preservar a la juventud de desviaciones y hacerla apta para relevar a la vieja generación, son: una difusión de cultura intensa, instrucción múltiple, clubs, teatros de ideas y una disciplina por el trabajo. Asimismo se les asigna a los jóvenes puestos de cierta responsabilidad, para hacerles sentir el papel que deben desempeñar en un futuro próximo.

Y si bien es cierto que la clase trabajadora en el poder político-económico pone todos sus empeños con el fin de transformar las rancias formas de vida, sería pueril esperar una metamorfosis rápida y espontánea. Y como tampoco existe el propósito de suprimir todas las asperezas por medio de la violencia, surge entonces una nueva institución de "rabselkori" (corresponsales obreros y campesinos). Son estos corresponsales los que están siempre en guardia contra cualquier arbitrariedad, contra cualquier funcionario ensoberbecido. Son también los primeros en fustigar la haraginería, el sabotaje inconsciente y cuyas notas cortas dan margen a procesos ejemplares. Estos procesos se efectúan no ante los tribunales, sino en un salón, en un club, con la asistencia de un público obrero, el que puede intervenir en favor o en contra del procesado.

Y bien, en la ciudad es fácil realizar todos los progresos y transformaciones. No así en la campaña, cuyos habitantes son más conservadores y cuyos prejuicios es más difícil de destruir. Los bolcheviques supieron demostrar en este terreno un tino y un sentido político magistrales. Además de ciertas concesiones económicas introdujeron en la

aldeas instituciones que están llamadas a producir la transformación (revolución) entre los campesinos.

“Likkbes” (puntos de liquidación del analfabetismo) deben difundir la instrucción entre grandes y chicos. Sigue luego el “selkor” (corresponsal campesino), que desempeña un papel trascendental en la vida de la campaña, donde es más frecuente la arbitrariedad de algún tiranuelo.

El papel más importante en la aldea lo juega el “isbach” (“isba”, casa donde está instalada la biblioteca). Es la isba no sólo biblioteca sino también consultorio jurídico; allí se consiguen consejos sobre agricultura, etc.

Así que el “isbach” es una especie de enciclopedia ambulante.

La agricultura, en general se presta al trabajo individual. Busin, a pesar de tener un precedente en el célebre “mir”, no escapa a la regla mencionada.

Pero esta forma de trabajo no puede conducir al régimen colectivo, y, además, no rinde lo que podría rendir un trabajo agrícola extensivo e intensivo por medio de maquinarias modernas.

Para llevar a los campesinos por la nueva ruta del socialismo, los bolscheviquis organizan en las aldeas “kombedy” (comités de campesinos pobres), cooperativas, “koljosi” (economías colectivas), conferencias populares y funciones de teatro especialmente dedicadas al único fin de educar a la masa campesina, atraer su atención sobre lo nuevo, lo ideal que le reporta la revolución.

Hay que tomar en cuenta que el 85 por ciento de la población rusa se compone de labradores y que la prosperidad o ruina de la industria rusa, que debe, a causa del bloqueo financiero de los países capitalistas, orientarse al mercado interno, y que las abundantes cosechas en Rusia, además de reportar un beneficio directo a la vida económica de aquel país, desconciertan y traen confusión entre los enemigos del pueblo ruso; todos estos factores nos dan la clave de la consigna lanzada por los bolscheviquis de que hay que crear una “smichka” (ligazón, soldadura) entre el proletariado de las ciudades y los campesinos de las aldeas. Y realmente, los bolscheviquis trabajan con tesón y ahínco para conseguir la realización de este lema.

Toda la política del partido comunista ruso en el terreno económico, cultural y político, tiene por objeto lograr desprezarse a este gigante dormido: el campesino ruso. Y hay razones para esperar milagros de este gran niño...

Tenemos que volver al “isbach”, pues es él el primero en enseñar, educar, aconsejar e instruir; es el puente entre la voluntad y la necesidad de la ciudad y la campaña; es el elemento más avanzado, el portavoz de la ciudad, a la que el campesino mira con ciertos recelos y desprecio y un tantito de odio. Generalmente, el “isbach” es un soldado licenciado, un guardia rojo desmovilizado o un campesino que tuvo oportunidad de pasar un cierto tiempo trabajando en algún establecimiento fabril de la ciudad. Los ayudantes, instructores y compañeros de tareas del “isbach” son el maestro de dicha aldea, el selkor y la “iachaika” (célula comunista local).

Para terminar, diremos pocas palabras de una institución original: “delegatki” (delegadas femeninas). Es notorio que las mujeres son las más reacias a la organización, que ellas son la parte más reaccionaria de la sociedad y llegan hasta a hacer un infierno en la casa de más de un obrero abnegado...

iniciativa novedosa e interesantísima: organizar a las mujeres. La base de esa organización es la siguiente: cada 40 mujeres que se ocupan de quehaceres domésticos eligen una delegada; cada 25 mujeres de profesión libre, una delegada, y cada 20 obreras también una delegada. Las delegadas eligen su “bureau”, el que está encargado de llamar a reuniones, etc. Las delegadas deben rendir cuentas e informar ante las asambleas generales de sus electoras de todo lo realizado durante su período. El comité central de las delegadas edita una revista, “La delegada” (“Delegatka”), donde se tratan todos los asuntos de la política general, los acontecimientos internacionales y también se dedica especial atención a la situación de la mujer. El comité central de las delegadas participa en todos los trabajos de todos los organismos e instituciones soviéticas. De esta manera se da ingerencia en todos los detalles de la vida económica y social a la otra mitad de la humanidad. Y en una forma real y no hipócrita a lo europeo.

Tampoco podemos pasar en silencio una forma muy curiosa de la vida social rusa. Se trata de “chefstvo” (jefatura, tutela). Una fábrica dada, una institución o sociedad, un sindicato u otro organismo cualquiera, toma bajo su jefatura una escuela, una aldea, un regimiento o un “koljos”. El jefe (tutor) provee a su tutelado de todo lo necesarios, de consejos, de libros, etc. El “chefe” realiza excursiones a ver a su “podchefny” (tutelado), ayudándole en todo lo posible; sirve de intermediario, tanto en sus compras, como en sus ventas, le elige maquinarias para la labranza, etc.

Esta es otra de las formas de llegar a crear intereses mutuos y lazos colectivos.

Lo expuesto dará una cierta idea, aunque pálida, de la profunda revolución en los espíritus que realizan los revolucionarios rusos, después de haber asumido el poder político y haber rechazado, pulverizado a muchos y temibles enemigos alimentados por el oro capitalista.

B. ABRAMSON.

Es muy fácil hablar en “difícil”; lo difícil es hablar en “fácil”.

Un chupatinta cualquiera que se pasa cuatro horas ensartando numeritos y crucecitas por partida doble en un libro de asiento, “trabaja”; un literato que se pasa todo el día o toda la noche escribiendo para iluminar el cerebro oscuro de sus semejantes, no trabaja: “holgazanea”.

La tarea de escribir, según la opinión corriente, no es “tarea”: es una diversión. Es tan divertido escribir que la mayoría de los que escriben se mueren tuberculosos.

No hay peor oficio que el oficio de escribir. La tarea de escribir no se considera “trabajo” hasta que no se cotiza el escritor. El vulgo considera “trabajo” toda ocupación que produzca dinero. Así, por ejemplo, la prostituta, “trabaja”; el ladrón, “trabaja”; y, el vigilante que no hace nada, también trabaja.

El zapatero cree que solamente es trabajo clavar botines. El albañil, levantar paredes. La cocinera, fregar platos y revolver ollas. Si tuviésemos que soportar algún día la dictadura de un zapatero, el país se convertiría en una gran fábrica de calzado.

LOS PENSADORES

Barbusse, Henri.—Fatalidad	0.20
Barret, Rafael.—Páginas dispersas	0.20
Bonafoux, Luis.—Clericanallas	0.20
Darío, Rubén.—Cabezas	0.20
Gautier, Teófilo.—El vellocino de oro ...	0.20
Gorki, Máximo.—Lo que yo pienso del pueblo ruso	0.20
Gourmont, Remy de.—Una noche en el Luxemburgo	0.20
Heine, Enrique.—Memorias	0.20
Justo, J. B.—Estudios sobre la moneda.	0.20
Mariani, Mario.—Lágrimas de sangre ...	0.20
Mauclair, C. Nietzsche y D'Annunzio.—Wagner	0.20
Muñoz, Escames.—Pasteur, su vida y su obra	0.20
Ortega y Munilla, J.—Calandria, Rey de Morella	0.20
Palacios, Alfredo L.—El Nuevo Derecho.	0.20
Poe, Edgar Allan.—La muerte roja	0.20
Rodín, Augusto.—El Arte	0.20
Rousseau, Juan Jacobo.—Origen y fundamento de la desigualdad entre los hombres	0.20
Spencer, Herbert.—El progreso	0.20
Tolstoi, León.—Lo que debe hacerse (El destino de la ciencia y del arte)	0.20
Tolstoi, León.—Mi Confesión	0.20
Tolstoi, León.—¿Qué es el arte?	0.40
Unamuno y Ganivet.—El porvenir de España	0.20
Un tomo conteniendo: Soñadores, de Knut Hamsun; Generosidad de corazón, de Selma Langerlof; Los comediantes sin saberlo, de Honorato de Balzac; El spleen de París, de Carlos Baudelaire, y La muerte de Jesús, de Eç de Queiroz	1.—
Un tomo conteniendo: Los espectros, de Leonidas Andreieff; Misas herejes y otras poesías, de Evaristo Carriego; Los simples y otros poemas, de Guerra Junqueiro; El misionero, de Almafuerte; Idilios y fantasmas, de Pio Baroja; Lillian, de Enrique Sienkiewicz, y Memorias, de Enrique Heine	1.—
Un tomo conteniendo: Regalo de amante y Morada de Paz, de Rabindranath Tagore; La Humanidad del porvenir, de Enrique Lluria; Defensa de la Internacional, de Salmerón y Pí y Margall, y Rusia en las tinieblas, de H. J. Wells.	0.30
Vargas Vila.—Verbo de admonición y combate	0.20
Voltaire.—La moral religiosa	0.20

TEATRO CONTEMPORANEO

Alvarez Quintero, S. y J.—Cancionera ...	0.20
Benavente, Jacinto.—La Malquerida ...	0.20
Benavente, Jacinto.—Lo sojos de los muertos	0.20
Benavente, Jacinto.—Los intereses creados	0.20
Villaespesa, Francisco.—La Leona de Castilla	0.20
Romero y Fernández Shaw.—Doña Francisquita	0.20

TEATRO NUEVO

González Castillo, José.—Hermana mía ..	0.40
Pico, Pedro E., y Juan León Bengoa.—La grieta	0.40
Defilippis Novoa, F.—Los caminos del mundo	0.20
Bellán, José Pedro.—La Ronda del Hijo.	0.20

NOVELAS DE AVENTURAS

Conan Doyle, A.—Un crimen misterioso.	0.20
Poe, Edgar Allan.—Un viaje a la luna..	0.20
Salgari, Emilio.—Los naufragos del Spitzberg	0.20
Verne, Julio.—Una internada en los hielos	0.20

LOS CONTEMPORANEOS

Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos ...	0.40
Solari, Juan Antonio.—Cosas y Tipos (pa-pel pluma)	1.—

LOS NUEVOS

Amorim, Enrique M.—Tangarupá	0.50
Amorim, Enrique M.—Tangarupá	1.—
Barletta, Leonidas.—Los Pobres	0.50
Barletta, Leonidas.—Los Pobres	1.—
Castelnuovo, Elías.—Malditos	1.—
Castelnuovo, Elías.—Tinieblas	1.—
Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina	0.50
Mariani, Roberto.—Cuentos de la Oficina	1.—
Yunque, Alvaro.—Versos de la calle	1.—

CLASICOS DEL AMOR

Florilegio del Amor (Lo que han dicho sobre el Amor los más grandes espíritus de la Humanidad)	0.30
Mauclair, Camilo.—La magia del amor..	0.30
Morales San Martín, B.—Fidelidad conyugal	0.30
Musset, Alfredo de.—Margot	0.30
Nordau, Marx.—Cómo aman las mujeres.	0.30
Ovidio.—Arte de amar	0.30
Rueda, Salvador.—La cópula	0.30
Turgueneff, Iván.—Y así pasó el amor..	0.30
Valle Inclán, R. del.—Corte de amor ...	0.30
Ingenieros, José.—Estudios sobre el amor	0.20

Estas obras se venden en los kioscos, librerías y puestos de periódicos
Los pedidos a la Administración se remiten francos de porte.

EDITORIAL CLARIDAD

Dirección Postal: C. de Correo 736—Administración: Independencia 3531
Buenos Aires

Archivo Histórico de Revistas Argentinas | www.ahira.com.ar

QUILMES

CRISTAL

ES LA MEJOR CERVEZA